

Leviatán

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS



Director: LUIS ARAQUISTAIN

SUMARIO

LEYENDAS NEGRAS Y LEYENDAS BLANCAS.	Editoriales
LA UNIDAD INTERNACIONAL DEL PROLETARIADO.	Joaquín Maurín
FABRICAS DE RIQUEZA Y FABRICAS DE MISERIA.	A. Ramos Oliveira
SIGNIFICACION ECONOMICA DEL AÑO 1934.	Carlos Baraibar
CAUSAS DEL DESARROLLO, APOGEO Y DECADENCIA DE LA CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO	Rafael Vidiella
LA MARCHA DEL MUNDO: COMENTARIOS A LA CONVERSACION STALIN—WELLS (BERNARD SHAW, KEYNES, ETC.)—LA DEMOCRACIA EN RUSIA.—LIBROS Y REVISTAS.	

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

LEVIATAN

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS

Director: **LUIS ARAQUISTAIN**

Precio del número España y América, 1,50. Otros países, 2 pesetas.
Precio de suscripción..... } España y América, año, 15 ptas.; semestre 8 ptas.
Otros países, año, 20 ptas.; semestre 11 pesetas

OBRAS DE LA "EDITORIAL ESPAÑA"

ALBERTO BOSCH, 10

MADRID

TELEFONO 15632

A LOS SUSCRITORES DE LEVIATAN SE LES SERVIRAN LOS SIGUIENTES
LIBROS, FRANCO DE PORTE, CON UN 25 POR 100 DE DESCUENTO

VIAJES Y AVENTURAS

MIS PERIPECIAS EN ESPAÑA, por *León Trotski*. 5 pesetas.
ESPIONAJE, por *H. R. Berndorff*. 5 pesetas.
PERDIDOS EN LOS HIELOS POLARES, por *Franz Behounek*. 6 pesetas.
ESPAÑA VISTA OTRA VEZ, por *Martin S. Noel*. 10 pesetas.
DEL CAUTIVERIO, por *M. Ciges Aparicio*. 5 ptas.
RUSIA AL DÍA (segunda edición), por *Julián Zugazagoitia*. 8 pesetas.
LA GUINEA INCÓGNITA (Vergüenza y escándalo colonial), por *Francisco Madrid*. 6 ptas.
EL IMPERIO DE UNA SOMBRA (Monroe y la América Latina), por *León Rollin*. 5 pesetas.

VIDAS EXTRAORDINARIAS

CONFESIONES DE CLEMENCEAU, por *Jean Martel*. 6 pesetas.
ROBESPIERRE. (Estudio psicoanalítico, con prólogo del *Dr. Lafora*.) 6 pesetas.
FOUCHÉ (tercera edición), por *Stefan Zweig*. 7 pesetas.
EL REY BARBA AZUL (Enrique VIII y sus mujeres), por *Francis Hackett*. 12 pesetas.
LA VIDA PRIVADA DE TUTANKAMEN, por *G. R. Tabouis*. 10 pesetas.
CROMWELL, por *John Drinkwater*. 7 pesetas.
DANTÓN, por *Hilaire Belloc*. 8 pesetas.
STALIN, por *Essad Bey*. 10 pesetas.

ESTADO Y SOCIEDAD

CÓMO SE FORJA UN PUEBLO (La Rusia que yo he visto), por *Rodolfo Llopis*. Tercera edición, con ilustraciones. 6 pesetas.
EL OCASO DE UN RÉGIMEN, por *Luis Araquistain*. 5 pesetas.
EL LABORISMO BRITÁNICO (Sus hombres y sus ideas), por *Egon Wertheimer*. 6,50 pesetas.
MI VIDA DE OBRERO EN LOS ESTADOS UNIDOS, por *Henri Dubreuil*. 5 pesetas.

GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DE LA PRENSA, por *Alfonso Ugría*. 5 pesetas.
EUROPA Y EL FASCISMO, por *Hermann Heller*. 5 pesetas.
LIBERTAD Y DESPOTISMO EN LA AMÉRICA HISPÁNICA, por *Cecil Jane*. 7 pesetas.
LA REVOLUCIÓN MEXICANA, por *Luis Araquistain*. 7 pesetas.
NOSOTROS LOS MARXISTAS (Lenin contra Marx), por *A. Ramos Oliveira*. 6 pesetas.
LAS NUEVAS CONSTITUCIONES DEL MUNDO. (Con un estudio preliminar de *Mirkine-Guetzevitch*.) 12 pesetas.
LA RUTA DEL SOCIALISMO EN ESPAÑA, por *Gabriel Morón*. 6 pesetas.
LA REFORMA AGRARIA EN EUROPA, por *Arthur Wauters*. 7 pesetas.
HISTORIA DEL MATRIMONIO, por *Edward Westermarck*. 8 pesetas.
LA CRISIS BRITÁNICA EN EL SIGLO XX, por *André Siegfried*. 8 pesetas.
LA REVOLUCIÓN RUSA (dos tomos): SU GÉNESIS HISTÓRICA Y DEL MARXISMO AL NACIONALISMO, por *Henri Rollin*. Los dos volúmenes, 16,50 pesetas.
LA REVOLUCIÓN RUSA (Historia de sus causas económicas), por *M. Pokrovski*. 8 pesetas.
CAPITALISMO Y SOCIALISMO EN LA POSTGUERRA, por *Otto Bauer*. 7 pesetas.
LA LITERATURA RUSA EN LA ÉPOCA REVOLUCIONARIA, por *Viacheslav Polonski*. 8 pesetas.
HISTORIA DE LA CULTURA RUSA, por *M. Pokrovski*. 10 pesetas.
CASTILBLANCO, por *Jiménez de Asúa, Vidarte, Rodríguez Sastre y Trejo*. 8 pesetas.
LA EDUCACIÓN Y EL ORDEN SOCIAL, por *Bertrand Russell*. 8 pesetas.
HACIA UNA ESCUELA MÁS HUMANA, por *Rodolfo Llopis*. 7 pesetas.

CIENCIA

EL MUNDO QUE NOS RODEA, por el profesor *J. H. Jeans*. 12 pesetas.

Leviatán

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS

Director: Luis Araquistáin

NUMERO 10

MADRID

FEBRERO - 1935

Glosas del mes

LEYENDAS NEGRAS Y LEYENDAS BLANCAS

Levillier, o el vengador de nuestra honra histórica.

Durante muchos años, el diplomático argentino Roberto Levillier ha estado ratoneando en nuestros archivos a la busca de documentos para la historia colonial de España en América. Fruto de esa labor es una buena pila

de corpulentos tomos que contienen los hallazgos más o menos fructuosos del diligente rebuscador. Hasta ahora, tan voluminoso trabajo no le había reportado al autor apreciable gloria ni, suponemos, otro provecho que su comisión oficial para tales exhumaciones. Lo decimos sin maligna complacencia. La historia verdadera necesita de estos acarreos de copistería y divulgación. Semejantes centones pueden ser un día de alguna utilidad, y por ello merece plácemes Roberto Levillier.

Pero se ve que Levillier se ha fatigado de una empresa ingrata y oscura, que acaso no interesaba ni a los propios eruditos, y de pronto va primero a Ginebra y viene luego a España a decirnos que su misión no era sólo hacer copiar e imprimir viejos legajos, sino buscar en ellos las pruebas que han de destruir la «leyenda negra» de la colonización de América por los españoles. Esas palabras, «leyenda negra», en boca nada menos que de un americano, han tenido una virtud mágica. Como si los sombríos vocablos fueran una ofensa a la familia, todas las derechas se han apresurado a declarar a Levillier algo así como el salvador o el vengador de la honra histórica de España. Se le han dado bandas y cruces—el más alto galardón para un diplomático que se estime—, y no se le ha nombrado español honorario y benemérito no sabemos por qué. Tal vez se ha reservado esta distinción para un próximo viaje. Sobre todo si para entonces no hay República en España, o lo que de ella quede sea peor que si no la hubiera.

El éxito buscado y logrado por Levillier, pero de cuya magnitud él ha debido ser el primero en sorprenderse si no ha perdido toda facultad crítica, es un síntoma más del estado de alerta y de lucha en que viven y se mueven en España las clases herederas de las que explotaron y burocratizaron a América. Quizás Levillier habrá creído que con sus recientes conferencias en Madrid purificaba el nombre de los españoles como colonizadores del Continente americano; pero si no le han cegado los homenajes y lisonjas, habrá advertido, a la vista de los que se los prodigaban y también si pensó en los ausentes, que en torno de él buscaban sólo una rehabilitación histórica, no de España, sino de su propia clase social, los descendientes de aquellos que lo mismo explotaban a las colonias que a la metrópoli, dando lugar a que las colonias se declarasen independientes y a que la metrópoli, última colonia de las oligarquías españolas, se declarase a la postre independiente también, que a eso equivalió arrojarlas del Poder el 14 de abril de 1931. Si la «leyenda negra» de España en América fuese falsa, también podría probarse algún día tal vez que la «leyenda negra» sobre la colonización de España por sus oligarquías es falsa igualmente. Y así se justificaría históricamente el programa de aquellos partidos y clases que aspiran a volver a colonizar la tierra española y a los españoles. Este es el servicio que les ha prestado Levillier, y si lo ignoraba, bueno es que lo sepa.

Leyenda e Historia.

Frente a la «leyenda negra» Levillier pretende crear una «leyenda blanca». No nos interesa. No queremos leyendas de ningún color, sino historia veraz, cruda, desnuda, blanca o negra, azul o roja, del color que sea; pero historia. Y eso que Levillier llama «leyenda negra» es también parte de la historia, y no hay por qué destruirla, sino explicarla. Y esto es lo que no ha hecho Levillier. En las primeras historias de la colonización española de América seguramente hay exageraciones y falsedades, hijas de testimonios defectuosos y de una política interesada contra el monopolio de los mercados americanos por España.

Las diatribas del buen Bartolomé de las Casas, que dieron pábulo a los historiadores de otros países, estaban inspiradas—aparte lo que en ellas pudo poner la rivalidad entre la orden religiosa a que el ardoroso fraile pertenecía y las otras que acaparaban tierras y privilegios en los países recién descubiertos—en esa ideología social que entonces y todavía hoy profesan algunos hombres y partidos sedicentes católicos o cristianos, y que consiste en aceptar, desde luego, que el hombre explote al hombre y se lucre de su trabajo como de una mercancía, pero no con excesiva crueldad.

Estos reformadores de tipo religioso quisieran que la clase capitalista cuidase del obrero, por lo menos con los miramientos con que, por su propio interés, el propietario de la antigüedad trataba a sus esclavos y a sus bestias de carga, para obtener de ellos el máximo rendimiento. De las Casas se sulfura contra el trabajo agotador que aniquila rápidamente a las razas indias, de constitución débil y no acostumbradas a las brutales faenas que les imponían los colonizadores europeos; pero no va más lejos. El problema de la propiedad no le inquieta seriamente; sólo condena sus abusos. Es lo que hoy hacen, sin tanta ira y con la misma ineficacia, hombres como don Angel Ossorio y Gallardo y otros llamados demócratas cristianos. Predican en el desierto.

También es explicable—y hacerlo así pertenece a la historia—que las potencias ascendentes de Europa, y de modo especial las adscritas a la Reforma, combatesen a España afeándole crueldades y demasías que no son privativas de un pueblo ni de una raza, sino comunes a todos los colonizadores y a todos los tiempos, por ser también el mismo el sistema económico y político de dominio. España era un imperio que aspiraba a la hegemonía en Europa y al monopolio de América. Las naciones entonces menores e igualmente ambiciosas y codiciosas atacaban a España por todos los medios y en todos los elementos, por tierra y por mar, con la espada y con la pluma. Y España hacía con sus enemigos otro tanto.

Un capitalismo de tipo feudal, cerrado, monopolístico y teocrático, como el español, era un enorme obstáculo que se atravesaba en los caminos de la historia y del mundo al avance del nuevo capitalismo, más técnico, liberal y democrático, representado principalmente por Inglaterra. Es natural que los nuevos Estados comerciales e industriales procurasen hacer saltar el monolito obstructor que era España con todas las fuerzas explosivas de la materia y de la inteligencia. España se defendía por los mismos procedimientos. Si fuera a recogerse todo lo que los españoles han escrito de otros pueblos, y señaladamente de sus dos grandes adversarios históricos, los ingleses y franceses, se vería que la leyenda que les hemos creado no es menos negra que la suya sobre nosotros... ¿Y a quién le importa ya eso?

Toda historia empieza siendo leyenda: blanca o sonrosada cuando se trata de la propia; bituminosa, espeluznante, cuando escribimos la ajena. Pero la verdadera historia viene después, cuando han desaparecido los intereses nacionales y las pasiones individuales que tejen la leyenda de uno u otro color, según de qué frontera se la mire. En eso estamos. Ya a nadie le aprovecha ninguna leyenda negra sobre España. No les sirve a los países hispanoamericanos, que ya tienen—con excepción de Puerto Rico—la independencia política, aunque muy en precario la económica. Tampoco les sirve a las grandes potencias de Europa y América, pues ya no monopolizamos las finanzas y los mercados de ese Continente. Al contrario: es en los antiguos países enemigos, y sobre todo en los Estados Unidos, donde se están escribiendo actualmente las mejores historias sobre la colonización española de América y sobre la nueva colonización económica que allí realiza el capitalismo europeo y norteamericano.

Se comprende. Con ello se quiere lisonjear el fondo afectivo de los pueblos hispanoamericanos, que por una reacción instintiva contra el nuevo imperalismo financiero se vuelven con nostalgia a la tradición colonial, y singularmente a sus valores culturales, como los monumentos artísticos, la lengua y la estructura formal de ciertas leyes de Indias; algunas legislaciones, la mejicana, por ejemplo, para citar a la más revolucionaria, se fundan en no pocos principios y normas, incluso en la nomenclatura, de las antiguas leyes españolas, muchas de las cuales eran excelentes en el papel, pero rara vez se cumplían. Hay un propósito evidente, por parte de la intelectualidad europea y norteamericana, de atraerse a la intelectualidad de Hispano-América mediante la satisfacción de sus añoranzas románticas del pasado. Es una política de penetración y sugestión como cualquiera otra. Ya nadie tiene interés en fomentar la «leyenda negra» contra España. Antes bien, se está formando una

leyenda blanca, que todavía no es la verdadera historia. Y venir ahora a hablarnos de «leyenda negra» es, por lo menos, anacrónico, inactual.

Lo que fracasó en América.

Pero justamente esta inactualidad, este anacronismo es lo que hace tan sugestivo el tema de la «leyenda negra» a las derechas españolas. Ellas también son inactuales, anacrónicas, y al pretender actualizar la «leyenda negra» y destruirla—a moro muerto, gran lanzada—, quieren reactualizarse, volver a ser la potencia política que fueron. Si se demuestra que España fué en América un gran poder colonial creador, ¿no será lógico admitir que las mismas oligarquías que allí dominaron, la Iglesia, la aristocracia territorial, la casta militar, la burocracia, hicieron también una buena obra en la colonización interior de España? ¿No será legítimo que recobren aquí el poder momentáneamente perdido por la revolución de abril? La condenación de la «leyenda negra» no es tan desinteresada como parece.

Pero la premisa es falsa, y a probarlo debe tender la tarea de los futuros historiadores de la colonización de América por los españoles. Los pecados más imperdonables de España como nación colonizadora no son los que le atribuía la «leyenda negra»: la crueldad, la codicia, la explotación inhumana del indio. Esas culpas pertenecen a todos los colonizadores: en el Putumayo, en el Congo, en la India inglesa, en todas las colonias modernas, llámense así o no, se trata al aborigen más o menos como los españoles trataban al indio americano. Lo más grave de la colonización de América, lo típico de España, fué su arcaísmo. País el más feudal de Europa, llevó a América una cultura y una economía anticuadas y caducas, que en aquel momento empezaba a desaparecer del resto del mundo. El feudalismo español se trasplantó a América, y las clases feudales españolas prolongaron su dominio durante tres siglos en tierras americanas, cerrándolas al capitalismo moderno y entregándolas después al imperialismo financiero atadas de pies y manos—por la debilidad inherente a su propia involución económica—, a partir de la Independencia, en una nueva forma de coloniaje. América ha sido hasta hace poco, y lo es aún en muchos de sus países, una supervivencia del medioevo europeo, como lo es aún la propia España.

Ese fué y sigue siendo el gran fracaso de las clases dirigentes españolas: no haber hecho de América ni de España un mundo actual, haberlas detenido en el tiempo, haber petrificado su historia. América se las sacudió con su independencia; pero las clases que gobiernan ese Continente durante el siglo XIX y en el actual son todavía tan feudales, tan anacrónicas como las oligarquías colonizadoras. Sólo recientemente, algún que otro país, como Méjico, intenta realizar su revolución democrática contra las oligarquías históricas, contra la herencia española, y en ello se está. España es la lección que nos enseña América: la incapacidad de las clases que por muchos siglos tuvieron el Poder político en sus manos, en ese Continente y en la metrópoli, para rezagarse, para moverse con el tiempo al compás obligado de la historia, so pena de anquilosarse y de caer bajo el dominio de otros pueblos más vitales. La revolución contra las oligarquías tradicionales, en América como en España, no es, pues, un capricho, sino una cuestión de vida o muerte. Esa modesta

revolución contra el feudalismo no está empezada aún en muchos países hispánicos y no se ha acabado en ninguno.

Historia negra.

¿Leyenda negra? Eso no está ya en ningún orden del día. Con lo que hay que concluir es con la negra historia.

Pero antes hay que conocerla. Y conocerla, sobre todo, en América. Así conoceremos mejor la de la propia España, de la cual fué la colonización de América un trasunto amplificado y simplificado. Tenemos entendido que Levillier lleva la representación diplomática de la Argentina a Méjico. Buena ocasión para que estudie la historia de ese país hasta la caída de don Porfirio, sin leyendas negra ni blanca, con realismo insobornable, como la historia del dominio de unas clases por otras, como es toda historia auténtica. Ya vería cómo esa historia no agradaba a las derechas españolas, que se contemplarían reflejadas y condenadas en su actuación secular aquí, en España.

Pero Levillier—perdónenos que se lo digamos—no es hombre para eso. Su concepto de la historia es también anacrónico, inactual. Otros hombres, más preparados técnica y filosóficamente, hacen falta. Los hay en América. Alguno también trabaja silenciosamente en España. Esperemos su obra, que bien pudiera significar una revolución mental en el modo de ver la historia de la colonización española de América. Y la de España misma.

Demanda y oferta de tradicionalismo.

Ante el peligro de que la revolución de 1931 continúe o, mejor dicho, empiece de veras, la España oligárquica y contrarrevolucionaria se defiende con aspavientos galvánicos, buscando en la tradición, en lo que los lisonjeadores indígenas y extranjeros consideran como la esencia inalterable de la nacionalidad española, puntos de apoyo para asirse de nuevo a la vida histórica, en vez de acostarse definitivamente en el panteón que reclama sus restos. La demanda pública de productos tradicionalistas en nuestro país es más intensa que nunca, aunque de escasa extensión. Y como los que los piden son las clases más ricas, la oferta es también copiosa en todas las formas y variedades. El tradicionalismo, que desde el siglo XVIII fué mal negocio en España, ha vuelto a ser una industria floreciente, a cuya sombra nace y medra un verdadero parasitismo de la literatura histórica. Legiones de periodistas acomodaticios, de conferenciantes chirles, de dramturgos hebenes, de historiadores y políticos coruscantes, han encontrado una vena de oro en el halago de todos los sentimientos y valores de la España anacrónica. El público de estos espectáculos y empresas es siempre el mismo, pero los paga bien y asiste a todos con una constancia admirable. La demanda es tan viva, que incluso comienza a atraer a los buhoneros internacionales de la cultura.

Después de Levillier nos ha visitado el conde de Keyserling, especie de Falstaff viajero de la filosofía, fundador de la «Escuela de la Sabiduría» de Darmstadt, bajo el mecenado del gran duque de Hessen. Su especialidad son los viajes filosóficos a través de tierras y pueblos primitivos, por el Asia ancestral, por las punas de la América andina, por la España faraónica y monolítica. Busca lo inmutable, lo «eterno» en el hombre y en las razas, que unas veces es la sangre y otras la tierra. En las altiplanicies sudamericanas descubre que el ser humano es tierra, *Erdmensch*, un producto de las emana-

ciones telúricas, y que la última sustancia del espíritu es mineral. Lo que vale de la historia es lo primigenio, lo que no se modifica ni se puede modificar. El prefijo alemán *ur* alude al origen de las cosas y los seres. Para Keyserling nada tiene importancia fuera del *ur*. Sus conceptos son siempre el *Ur-Mensch* (hombre primigenio), *Ur-Geist* (espíritu primigenio), *Ur-Wille* (voluntad primigenia), etc. Es el filósofo del *ur*, de un irracionalismo extremo, entre poético y pintoresco.

España y la contrarrevolución.

El hombre y los pueblos, para Keyserling, tienen que ser siempre lo que son desde el comienzo de la humanidad. Otra cosa es falsear su destino. La consecuencia no se hace esperar: las revoluciones no conducen a nada más que a destruir la esencia de las sociedades, que deben ser equilibradas y jerárquicas, como en la antigua China o en el mundo feudal. Y en la revolución mundial que avanza—ha venido a decirnos Keyserling—, España es la reserva de Europa. Su resistencia al cambio, y sobre todo al cambio en las formas de la propiedad, es la mayor garantía para la civilización occidental.

Si ayer fué España la Contrarreforma, hoy y mañana puede y debe ser la Contrarrevolución. El ibero primitivo que hay en el español actual debe ser inmutable como las rocas del Pirineo y de las otras cordilleras cuyas faldas le sirvieron de cuna, del mismo modo que las emanaciones perennes de los Andes hacen inmutable al hombre de las punas americanas. España salvará al mundo del caos a que le arrastran las locuras ambiciosas e igualitarias del *under-dog*, del hombre inferior. Es la profecía que nos trae Keyserling. También él pertenece al linaje prolífico de los profetas contemporáneos que ven con malos ojos la ascensión de las masas. De otra suerte, ¿qué finalidad tendría el mecenado del gran duque de Hessen y cómo podría agradar a los públicos *snobs* y aristocráticos de sus jiras internacionales? Es otro fabricante de leyendas níveas.

Se comprende la complacencia con que han acogido estos vaticinios del filósofo lituano los grupos y periódicos españoles de la derecha. Ahí es nada oír a tan egregia autoridad que la contrarrevolución no sólo sirve para conservar los privilegios seculares de unas clases parasitarias, sino que España tiene, de añadidura, la gran misión histórica y contrarrevolucionaria de salvar al planeta. ¿Quién por tan poco precio—la entrada a las conferencias—no acepta tan honrosa y fructífera misión? Pero las derechas no pueden pagar mezquinamente una profecía tan espléndida y tranquilizadora. Si la «Escuela de la Sabiduría» de Darmstadt va de capa caída, como parece, deben sufragar su traslado a España. ¿No hay por ahí, grande o pequeño, un duque Mecenaz? Piénsese que si España es la reserva del mundo, el conde Keyserling puede ser la reserva de España cuando se agoten los proveedores indígenas de tradicionalismo más o menos literario, o cuando su público, aun teniendo tan grandes tragaderas, se harte de tanta hueca cursilería, de tanta retórica ñoña y de tanta campanuda necedad, y ya hay signos de ello. La ocasión es magnífica para adquirir un filósofo; para adquirirle casi en condiciones de filósofo de ocasión.

La unidad internacional del proletariado

Por JOAQUIN MAURIN

De la Primera a la Segunda Internacional.

La revolución de 1848, que sacudió la mayor parte de los países importantes de Europa, señaló la trascendencia histórica del proletariado. La burguesía en Francia, como en Alemania y Austria, hizo marcha atrás al darse cuenta de que la clase trabajadora empujaba para impedir que el movimiento revolucionario quedara limitado. En los años que siguieron a la revolución de 1848, el proletariado europeo, intuitivamente, buscó su cohesión. El internacionalismo proletario no es artificial, sino hijo directo de su situación económica. Víctor Hugo y Garibaldi, representantes de la pequeña burguesía, hablan también entonces de una fraternidad de los pueblos de Europa, pero sólo el proletariado podía establecer las bases reales de esta unidad.

La clase trabajadora de todo el mundo tiene un común objetivo histórico: sustituir a la burguesía, organizando una sociedad asentada sobre bases socialistas. El mismo desarrollo del sistema capitalista produce como consecuencia la tendencia natural del proletariado hacia su unidad, nacional e internacionalmente. La Primera Internacional era fundada en septiembre de 1864 en Londres. Unificó la acción de núcleos obreros dispersos e ideológicamente tan diferenciados como marxistas, bakuninistas, lassalleanos, proudhonianos, blanquistas, trade-unionistas, cooperativistas, etc. La Primera Internacional lanzó la consigna clásica, piedra angular del edificio del movimiento obrero: «¡Proletarios de todos los países, uníos!», e inició la educación internacionalista del proletariado. La *Commune* de París señala el fin de la Primera Internacional. Después de la experiencia, en el Congreso de La Haya, celebrado en 1872, Marx y Engels consideraron que la Primera Internacional había cumplido ya su misión histórica y que había que aguardar un nuevo ascenso del movimiento obrero para reconstruir la Internacional.

La Primera Internacional había sido una organización de propaganda, el prólogo de la gran unificación internacional del proletariado. Engels pudo escribir: «Sean cuales fueran las faltas cometidas por ciertos jefes de la Primera Internacional, que son muchas, lo cierto es que las masas avanzan resueltamente, con paso firme, hacia un objetivo justo.» El movimiento obrero vivió, después del fracaso de la *Commune*, un largo período de represión bur-

guesa. En España fué la etapa que siguió a los golpes de Estado de Pavía y Martínez Campos. En Alemania, la época de las leyes de Bismarck contra la socialdemocracia. Al cabo de unos quince años aproximadamente, hacia la mitad de la década 1880-1890, el movimiento obrero había tomado nuevamente el impulso que esperaron Marx y Engels. Y en 1889, el 14 de julio, al celebrarse el centenario de la toma de la Bastilla, se reunió el Congreso constitutivo de la Segunda Internacional. Acudieron representantes de veinte de los países capitalistas más importantes. El eje del Congreso, y después asimismo de la II Internacional, lo fué el partido socialdemócrata de Alemania.

La Segunda Internacional celebró regularmente sus Congresos en Bruselas en 1891, en Zurich en 1893, en Londres en 1896, en París en 1900, en Amsterdam en 1904, en Stuttgart en 1907, en Copenhague en 1910 y en Basilea en 1912. El medio siglo que medió entre la fundación de la Primera Internacional (septiembre de 1864) y el colapso de la Segunda (agosto de 1914) constituyó una fase de concentración y unificación del movimiento obrero. En los diferentes países, después de una serie de luchas fraccionales, se fué hacia la unidad. En 1875, en el Congreso de Gotha, se hizo en Alemania la unificación de los lassalleanos y de los eisenachianos (marxistas), iniciándose la etapa ascendente de la socialdemocracia alemana, que después de haber resistido durante once años los ataques de Bismarck pudo, en el Congreso de Erfurt, en 1891, presentarse victoriosa.

En Francia existía a fines del siglo pasado un verdadero mosaico de partidos obreros. Esta pulverización proletaria es lo que permitía el desarrollo de la pequeña burguesía. Pero bajo el impulso de la unidad necesaria los diferentes partidos: partido obrero (Guesde), partido blanquista, Federación de Trabajadores socialistas; partido obrero socialista revolucionario, Alianza comunista revolucionaria independiente, se fueron fusionando hasta quedar definitivamente unidos en el Congreso de unificación celebrado en 1905. La marcha hacia la unidad fué la característica principal del movimiento obrero hasta 1914. La unidad entrañaba, como es natural, el internacionalismo. «La clase trabajadora no tiene patria.»

Crisis de la Segunda Internacional.

La unidad proletaria se rompió en 1914. El ala derecha de la socialdemocracia se puso al lado de la burguesía, ayudándola en la guerra imperialista. En el momento en que los diferentes partidos socialistas de los países beligerantes olvidaban que la clase trabajadora constituye un todo internacional y que sus intereses son comunes, toda la fuerza de la clase trabajadora organizada quedaba destruída. Al desaparecer el internacionalismo se quebraba la unidad. El movimiento socialista se escindió, formándose tres grupos principales: el de la Segunda Internacional, el de la Tercera Internacional Comunista y el de la llamada Internacional dos y media, cuyo eje lo constituía el auto-marxismo. Más tarde, en 1923, Segunda Internacional e Internacional dos y media se unificaron en el Congreso de Hamburgo. Desde entonces quedaron frente a frente, en rivalidad mutua y constante, la Segunda y la Tercera Internacionales.

La división política del movimiento obrero trajo como consecuencia la división sindical. A la Internacional Obrera Socialista correspondió la Federación

Sindical Internacional, y a la Internacional Comunista, la Internacional Sindical Roja. Al margen de la F. S. I. y de la I. S. R., integrada por organizaciones sindicalistas, se constituyó la Asociación Internacional de los Trabajadores (A. I. T.), cuya sección más importante era la Confederación Nacional del Trabajo en España. La división de la clase trabajadora en dos sectores antagónicos dió como resultado que la socialdemocracia, privada del fermento revolucionario, fuera acentuando su posición hacia la derecha. La socialdemocracia deificó el mito de la democracia y de la organización, apartando de la clase trabajadora el principio clásico marxista de que la violencia organizada constituye el alma de los movimientos renovadores. Hizo dejación total del principio revolucionario de la conquista del poder político por medio de la insurrección armada para pasar luego a la socialización de los instrumentos de producción y cambio.

La burguesía, que atravesó después de la guerra un período de gran inestabilidad, se apoyó en el socialismo reformista para rehacerse y poder preparar sus organizaciones fascistas. Mientras el socialismo reformista era el defensor más firme de la democracia, la burguesía estructuraba los cuadros de los *fascios* y *Sturmabteilungen* para destruir todo vestigio de democracia. En Italia la división obrera y la concepción reformista del socialismo determinaron la incapacidad de la clase trabajadora para tomar el poder y favorecieron, de rechazo, a Mussolini, quien hace más de catorce años que mantiene sojuzgado al pueblo italiano. En Austria, después de haber conquistado el Poder, los socialistas lo abandonaron a la burguesía, la cual, aceleradamente, ha evolucionado hacia el fascismo. La insurrección de febrero de 1933 era tardía. Los socialistas austríacos llegaban demasiado tarde a la comprensión de su deber revolucionario. En Inglaterra, el Labour Party ha pasado dos veces por el Gobierno, sin iniciar la marcha hacia la revolución socialista.

Pero donde la política colaboracionista de la socialdemocracia ha tenido un fin más desastroso ha sido en Alemania. El socialismo reformista alemán se apoyó en el Estado burgués sin ir a la socialización de los instrumentos de producción y cambio. El resultado final de esa etapa de socialismo reformista fué el golpe de Estado de Hitler el 30 de enero de 1933. Cegada por el mito de la democracia, empantanada en los principios abstractos de la Constitución de Weimar, la derecha socialista alemana, unas semanas o unos días antes del triunfo de Hitler, estaba persuadida de que su política del «mal menor» había evitado el triunfo del fascismo. Ha fracasado el socialismo reformista, que había creído que la democracia burguesa era la atmósfera ideal que convenía a la clase trabajadora, y que el movimiento obrero podía, ascendiendo progresivamente, cambiar poco a poco la organización capitalista en otra basada en los principios colectivistas. El socialismo reformista pensaba que, una vez que los restos del feudalismo quedaban eliminados por la revolución democrática, la clase trabajadora encontraba ya el camino libre y que no precisaba, por lo tanto, proceder a ningún otro salto brusco.

El reformismo de las Trade Unions, el revisionismo de Bernstein, el idealismo de Jaurés, amoldado en cada país a las particularidades nacionales, ha informado la vida del movimiento socialista desde comienzos de siglo hasta el triunfo del fascismo en Alemania. Los laboristas ingleses, los socialistas suecos, daneses, belgas y, sobre todo, la socialdemocracia alemana han tratado de

aplicar prácticamente la concepción fundamental del reformismo, y se ha demostrado que el reformismo socialista conduce, no al triunfo gradual de la clase trabajadora, sino, por el contrario, a una situación diametralmente opuesta: al fascismo. Las teorías evolucionistas generales, hijas del siglo XIX, que el reformismo socialista había querido transplantar al movimiento social, están hoy en decadencia. El fascismo es la negación rotunda del evolucionismo socialista. La burguesía ha aceptado la democracia cuando la clase obrera no planteaba aún, porque no podía hacerlo, el problema del poder económico. La democracia, no cedida por la burguesía, sino impuesta, arrancada por los trabajadores, era una tregua política. Pero cuando la burguesía, en el ocaso histórico de su existencia, ha constatado que el proletariado iba a algo más que a buscar representación en los Ayuntamientos y Parlamentos, entonces, apoyándose en la pequeña burguesía proletarizada y en el *Lumpenproletariat*, ha barrido de una manera implacable las bases de la democracia, y con ella la organización obrera. El socialismo reformista ha experimentado un colapso.

El triunfo del fascismo en Italia fué el comienzo de la catástrofe general del reformismo. Pero lo que ha constituido la piedra de toque ha sido la victoria en Alemania, en donde la socialdemocracia tenía una fuerza inmensa y disponía, además, de los principales resortes del Poder. La Internacional Comunista, hasta hace poco, afirmaba que el socialismo reformista era la antesala del fascismo. Esto no es así. Lo que ocurre es que el capitalismo, deseando destruir las reformas conseguidas por la socialdemocracia, aprovecha la falta de espíritu revolucionario del reformismo y engendra el fascismo. Hemos llegado a una situación tal, que para mantener las reformas precisa hacer la revolución.

¿Qué queda de las grandes conquistas logradas después de más de medio siglo de luchas y de organización por parte de la clase trabajadora en Italia, Austria, Alemania, Polonia, Portugal? Se ha esfumado todo. La situación del proletariado de esos países es hoy día, moral y materialmente, peor que antes de que el socialismo comenzara a agrupar y educar a los trabajadores. Esta constatación ha originado la grave crisis que hoy sufre la Segunda Internacional. Asistimos a un proceso ascendente de disgregación por un lado, y de radicalización—rectificación—por parte de las fuerzas que la constituyen, por el otro. En Inglaterra, el Independent Labour Party, que ha sido el alma del movimiento obrero británico, se ha separado del Labour Party y de la Segunda Internacional. En Noruega el Partido Laborista, que controla la casi totalidad del movimiento obrero del país, se mantiene al margen de la Segunda Internacional. En Polonia hay dos partidos socialistas revolucionarios que han roto con el reformismo de la socialdemocracia—el Bund y el partido socialista independiente—. En Holanda, el ala izquierda del partido socialista se constituyó en partido socialista independiente. En Alemania, antes del golpe de Estado de Hitler, de la socialdemocracia se había separado un sector de izquierda, Ledebour, Rosenfeld y Seydevitch al frente, constituyendo el partido socialista obrero. La formación, dentro de la Segunda Internacional, del ala izquierda, de la que forman parte, entre otros, los partidos socialistas de Austria, España y Francia, partidaria de la unidad del proletariado, evidencia más todavía que asistimos a la fase final del socialismo reformista.

La III Internacional. Los socialistas que en 1914 permanecieron fieles al internacionalismo proletario lanzaron, en la Conferencia de Zimmerwald, septiembre de 1915, la idea de reconstruir la unidad obrera internacional sobre fundamentos nuevos. Quedaban sentadas las bases de la Tercera Internacional. La Internacional Comunista no hubiese surgido, sin embargo, sin el triunfo de la Revolución rusa. La toma del poder político y económico por un partido socialista—los bolcheviques rusos—en 1917, originaba una situación favorable para rehacer la unidad obrera sobre las bases fuertes del socialismo revolucionario. Lenin creyó necesaria la fundación de la Tercera Internacional. Rosa Luxemburg, el segundo gran cerebro comunista, era opuesta, por creer que si la revolución proletaria no triunfaba en seguida en Europa, la escisión obrera sería fatal. Lenin opinaba que la revolución obrera era inevitable en todos los países capitalistas, y en marzo de 1919, en Moscú, fundó la Tercera Internacional.

La Internacional Comunista tenía dos objetivos: hacer la revolución y conseguir la unidad revolucionaria del proletariado. ¿Lo ha conseguido? Desgraciadamente, no. Los partidos comunistas han sido vencidos en Alemania en 1921, en 1923 y, finalmente, en 1933; en Bulgaria, en 1923 y 1925; en Etonia en 1924; en China en 1927... La I. C. tampoco ha hecho la unidad de la clase trabajadora. Su campaña encarnizada contra la socialdemocracia, presentándola como un aliado del fascismo, hizo que entre el ala derecha del movimiento obrero—socialismo—y el ala izquierda—comunismo—se abriera una profunda grieta, que favoreció el ascenso del fascismo. Lenin, el 1 de enero de 1922, delante de la amenaza fascista, y dado el ritmo lento del movimiento revolucionario, había lanzado la consigna de «Frente único», que era el primer paso hacia la restauración de la unidad proletaria. Pero después de la muerte de Lenin, la I. C. navegó largo tiempo a la deriva.

Crisis de la Internacional Comunista.

La Internacional Comunista durante los años de vida de Lenin—hasta 1923—trabajó bien. Restauró el verdadero pensamiento marxista. Volvió al socialismo revolucionario. Cuando Lenin constató en 1921 que la inminencia de la revolución mundial estaba más lejana de lo que él había creído, la Internacional Comunista se convirtió en el heraldo del frente único. Después de la muerte de Lenin, el creador y orientador verdadero, la Internacional Comunista ha experimentado serias variaciones, trocándose, de hecho, no en directora de los acontecimientos internacionales, sino en un simple instrumento del Estado Soviético. Hay, en la historia de la Internacional Comunista, como en el proceso de la Revolución rusa, tres etapas bien diferenciadas. La primera va hasta 1923, en que cree que para que la Revolución rusa pueda subsistir es condición indispensable el triunfo de la revolución mundial. Durante este período, la Internacional Comunista es realmente un instrumento revolucionario de gran valía. La inestabilidad del mundo capitalista, como consecuencia de la guerra, favorece la labor demoledora de la Tercera Internacional.

En 1923 fracasa la revolución en Alemania. Lenin desaparece de la escena. El capitalismo internacional ha logrado restañar en parte sus heridas, y se rehace. Hay una «reprise» capitalista. Esta situación forzosamente ha de producir serias conmociones en la política rusa. Se desvanece la proximidad

de la revolución mundial. ¿Qué hacer? Rusia, durante cierto espacio de tiempo busca orientarse, situarse. En esta época la Internacional Comunista, dirigida por los epígonos del comunismo, hace tanteos blanquistas, tratando de romper el dique capitalista a la manera anarquista, por simples golpes de mano: Estonia, Bulgaria, Cantón.

Fracasados los «putschs» de Reval, de Sofía y de Cantón, Rusia comenzó a orientarse hacia sí misma. Fué arraigando la teoría del «socialismo en un solo país». Se desarrolló la tesis de la autarquía rusa. Este nacionalismo ruso, que luego ha ido avivándose, era inevitable. Rusia tenía que confiar en sí misma o desaparecer en el torbellino de la voracidad capitalista. El responsable de la situación a que ha tenido que ir a parar Rusia es, en primer lugar, el proletariado europeo, que no supo, no fué capaz en los años 1918-1921, de hacer triunfar la revolución socialista. El fracaso del proletariado europeo había de tener sus consecuencias inevitables en la marcha de la Revolución rusa. Rusia se esforzó en auto-formarse, en laborar una sociedad en marcha hacia el socialismo. La Internacional Comunista, naturalmente, experimentó la variación correspondiente. Dejó de ser la espada destructora y se convirtió en un auxiliar del Estado soviético.

Una revolución de envergadura histórica—y sólo ha habido dos que pueden ser consideradas como ejemplos clásicos: la de Francia y la de Rusia—tiene necesidad de expansionarse, de encontrar aliados, de romper exteriormente las trabas que se oponen a su marcha ascendente. En la Revolución francesa la expansión estuvo representada por Napoleón, que con sus ejércitos fué demoliendo las murallas del feudalismo europeo. Napoleón experimentó la derrota en Waterloo, y Francia tuvo que concentrarse para consolidar su Revolución, dejando de influir de una manera ostensible en Europa. Lo que los ejércitos napoleónicos fueron para la Revolución francesa, fué la Internacional Comunista para la Revolución rusa: el instrumento de expansión. Pero de la misma manera que Napoleón no pudo llevar a cabo sus propósitos de unidad europea, la Revolución rusa tampoco pudo destruir por medio de la Tercera Internacional el mundo capitalista. Y vino el repliegue, la necesidad de contar con sus propias fuerzas, en espera de otra coyuntura. Rusia, desde 1928—y el representante de esta tendencia ha sido Stalin—marcha hacia la autarquía y abandona, por lo tanto, la idea de la revolución mundial. Rusia se ha abierto un hueco en el mundo capitalista, y no desea otra cosa, sino que la dejen tranquila, consagrada a su obra de construcción «de socialismo en un solo país».

La Internacional Comunista se ha trocado en una simple oficina de propaganda de la política interior rusa. La Internacional Comunista, prácticamente, ha dejado de existir como organización revolucionaria del proletariado internacional. Hace siete años que no ha celebrado su Congreso regular. Las secciones nacionales de la I. C.—los partidos comunistas—han ido decreciendo rápidamente en el transcurso de los últimos años, hasta quedar reducidos a simples recuerdos. Destruído el partido comunista alemán, sólo le queda a la I. C., después del P. C. ruso, aunque con mucho menos peso que el Partido Socialista correspondiente, el Partido Comunista francés. En el resto del mundo los Partidos Comunistas han sido, por decirlo así, pulverizados. En todas partes se fué produciendo la escisión. En Alemania, cuando tuvo lugar

el golpe de Estado de Hitler, al margen del Partido Comunista, sección de la I. C., había varios grupos disidentes, en los cuales se encontraban los que fueron los compañeros de Liebknecht y Luxemburg, Brandler, Thalheimer, Frölich, Walcher. En Francia, hasta que se produjo la corriente actual de integración, el movimiento comunista se encontraba pulverizado del siguiente modo: 1. El grupo comunista de Doriot, cuya base principal es Saint-Denis. 2. El partido de *Unité Proletarienne*, de Paul Louis, Sellier. 3. La Federación Comunista Independiente de Alsacia («Die Neue Welt», Strasburgo). 4. Círculo Comunista Democrático (Souvarine). 5. Federación Comunista Independiente del Este (Belfort). 6. Liga Comunista de Izquierda («La Vérité», trotskistas ortodoxos). 7. Grupo de trotskistas heterodoxos (Rosmer). 8. Grupo Treint. 9. Sindicalistas-comunistas («Révolution Proletarienne»). 10. Socialistas bordiguistas (grupo de Lyon). 11. Grupo «L'Internationale», etcétera. Y ésta, aproximadamente, en mayor o menor escala, es la situación en los diferentes países. En Suecia, la mayoría del movimiento comunista se separó de la I. C., fundando con la izquierda del partido socialista un nuevo partido. En la India, el grupo de oposición de Roy, tiene más influencia que el sector ortodoxo. En Checoslovaquia, en Suiza, en Polonia, en Bélgica y en Holanda los comunistas se mantienen divididos en una serie de organizaciones que con frecuencia mantienen entre sí una lucha fraccional. En España hay tres núcleos comunistas: el Partido Comunista de España, el Bloque Obrero y Campesino (Federación Comunista Ibérica) y la Liga Comunista de Izquierda (trotskistas).

Se observa esta disgregación del movimiento comunista precisamente en el momento en que existe también una crisis del socialismo reformista y en que, históricamente, la revolución se encuentra planteada de una manera permanente. Estamos en presencia, pues—y es un fenómeno que no puede ocultarse—, no sólo de una crisis de la Segunda Internacional, sino de una crisis aguda de la Internacional Comunista.

**La reconstrucción de la
unidad: hacia una In-
ternacional única.**

La experiencia, durante los últimos quince años, ha demostrado que el movimiento obrero internacional no puede permanecer dividido. Sobre el fraccionamiento temporal ha podido elevarse el fascismo. Sería una conclusión simplista, sin embargo, deducir que Lenin cometió un error fundando la Tercera Internacional, esbozada ya en la Conferencia de Zimmerwald, convocada a propuesta del Partido Socialista italiano en 1915. Constituyó la oposición natural contra la capitulación de la Segunda Internacional. La Segunda Internacional, en el Congreso de Basilea del año 1912, como en el de Stuttgart en 1907, se había trazado un objetivo principal: impedir la guerra imperialista y mantener la unidad y el internacionalismo proletario. Si la guerra estallaba y se rompía la unidad internacional de la clase trabajadora, la Internacional, indiscutiblemente, fracasaba. La reacción debía producirse necesariamente, si el movimiento obrero había de salvarse. Esa reacción la constituyó la Tercera Internacional.

Ahora bien; no sería justo, si después de afirmar que la creación de la Tercera Internacional fué necesaria, que se llegara a la conclusión de que la Internacional Comunista tiene razón de ser de un modo permanente y ha de

ser mantenida inalterablemente, por lo tanto. A nuestro modo de ver, la opinión de muchos comunistas eminentes, como Thalheimer, que creen que la Tercera Internacional puede ser modificada y emprender una nueva marcha, es tan errónea como la de aquellos socialistas que opinaron que era posible cambiar la Segunda Internacional. Los austro-marxistas han hecho a este propósito una prueba concluyente. En 1923, en el Congreso de Hamburgo, entraban en la Internacional Obrera Socialista. Y al cabo de once años, Otto Bauer y Fritz Adler tienen que pronunciarse no por el mantenimiento de la Segunda Internacional, sino por su fusión con la Internacional Comunista.

La máxima de la Primera Internacional, el «proletarios de todos los países, uníos», es más actual, más palpitante que nunca. En ese caso, el problema se plantea, pues, de este modo: o la Tercera Internacional destruye a la Segunda, o viceversa, o ambas desaparecen en tanto que centros independientes, fusionándose.

Se ha visto ya que ni la Internacional Obrera Socialista podrá destruir a la Internacional Comunista, ni ésta a aquélla. La lucha mutua, como se ha demostrado, perjudica a ambas Internacionales, a todo el proletariado. Mientras esta disputa encarnizada entre Segunda y Tercera Internacionales tenía lugar, cabía una posición, que es la que han adoptado varios partidos socialistas, entre ellos el Independent Labour Party e importantes núcleos comunistas: separarse para constituir al margen de ambas Internacionales un centro de propaganda de la unidad de la clase trabajadora. Un marxista tiene que ser, naturalmente, dialéctico. Es decir, ha de ver los fenómenos sociales, los acontecimientos históricos no como realidades estáticas, sino en tanto que procesos, en movimiento. Lo que ahora ocurre, como lo que sucedió ayer, forma parte de ese gran proceso dialéctico que es la integración de la clase trabajadora. El proletariado se separó para volverse a unir, pero no sobre las mismas bases, sino en una forma superior. La Segunda Internacional ha sido una *Tesis*. La Tercera Internacional, la *Antítesis* necesaria. El fin de ese proceso será la *Síntesis*. La unidad internacional se habrá rehecho, pero sobre fundamentos nuevos.

El año 1934—quince años después de haber sido creada la Tercera Internacional, veinte años después de haber fracasado la Segunda Internacional, setenta años después de la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores—el movimiento obrero ha iniciado la marcha hacia la unidad, que ya no podrá ser detenida. Seguirá adelante, porque es una necesidad dialéctica, como lo fué antes la separación.

El proceso de integración tiene dos aspectos: internacional y nacional. El «¡proletarios de todos los países, uníos!», entraña el «¡proletarios de cada país, uníos!».

CARACTERISTICAS DE LA BANCA ESPAÑOLA

Fábricas de riqueza y fábricas de miseria

Por A. RAMOS OLIVEIRA

«La operación fundamental y primordial de los Bancos—escribe Lenin en su libro «El imperialismo, etapa superior del capitalismo»—consiste en servir de intermediarios para los pagos. Como consecuencia de ello, los Bancos convierten el capital inactivo en capital activo, esto es, que produce beneficio, reúnen toda suerte de ingresos metálicos y los ponen a disposición de la clase de los capitalistas.» Esta definición de Lenin no vale, sin embargo, para la Banca española. El caudillo de la Revolución rusa se refiere al sector bancario mundial normalmente desarrollado. Pero en nuestro país la Banca ejerce una función especial. En rigor, no cumple ninguna de las misiones que le están asignadas en el régimen capitalista a los establecimientos de crédito y de cambio. Ni actúa de intermediaria en un sentido estricto ni pone el dinero al alcance de los capitalistas. Aquí, en España, vienen a ser los capitalistas los que ponen sus ingresos a disposición de los Bancos. Interpretense estas palabras en su justo designio. Un Banco siempre es, en forma primitiva o avanzada, un instrumento dedicado a la absorción de capitales. Ahora bien; el carácter de la Banca se acredita tanto por las operaciones que realiza como por el destino que imprime al dinero que afluye a sus cajas. Vista desde estos ángulos, la Banca española es, a todas luces, una degeneración del capitalismo. Más adelante veremos cómo no puede haber industria ni desarrollo capitalista en España mientras los Bancos impidan tenazmente que se cree aquí el capital financiero.

«La parte del capital industrial, cada día creciente—dice Hilferding—, no pertenece a los industriales que lo utilizan, los cuales pueden disponer del capital únicamente por mediación del Banco, que representa con respecto a los mismos el propietario de dicho capital. Gracias a esto se convierte en proporciones crecientes en capitalista industrial. Ese capital bancario, por consiguiente, capital en forma monetaria—que por este procedimiento se convierte de hecho en capital industrial—, es lo que llamo capital financiero... El capital financiero es el capital que se halla a disposición de los Bancos y es aplicado por los industriales.»

También Hilferding teoriza a presencia de la Banca internacional avanzada, es decir, de los Bancos que se erigen en dictadores de la economía y

trabados perfectamente con la industria realizan un cometido imperialista. No es ése, en general, el caso de la Banca española, que se encuentra en un estadio muy atrasado de su evolución. Cabe afirmar que el capital financiero, tal como lo describe Hilferding, apenas existe en nuestro país. La causa de este fenómeno hay que buscarla en la contumacia de una Banca que sólo halla estímulos en el afán de perseverar como fin, sin plegarse todavía a actuar como medio. Lo cierto es que en España los Bancos están muy lejos de alcanzar esa etapa de capitalistas industriales señalada por el hacendista socialdemócrata alemán. Porque no «se ven obligados a colocar en la industria la parte cada día en aumento de su capital».

En consecuencia, hemos de preguntarnos en qué invierte la Banca española los fondos que constituyen sus ingresos. La respuesta es harto sencilla: los Bancos tienen en nuestro país una finalidad, que no consiste en distribuir el capital monetario para fecundar las fuentes de riqueza, ni en favorecer al comercio mediante el descuento de letras, ni en apoyar a la industria. El objeto esencial de la Banca española estriba en obtener los mayores beneficios posibles para los consejeros. Una oligarquía rapaz, montada en la cúspide de las finanzas españolas, ha establecido esos centros absorbionistas de capitales en provecho propio exclusivamente. La función progresiva del Banco padece aquí una formidable desviación. Y, claro es, en semejantes condiciones no existe margen para la prosperidad comercial e industrial del capitalismo español.

* * *

No precisa que nos esforcemos mucho para demostrar en qué alarmante medida son las entidades bancarias culpables principalmente de la asfixia del comercio y las pequeñas industrias. Subrayemos, en primer término, el divorcio tajante entre los grandes Bancos y los intereses de la pequeña burguesía. La colaboración ideal, tan preconizada entre ambos sectores del capitalismo español, es un mito. La Banca, conforme se encuentra organizada en España, supone el peor enemigo de los negocios de cierta modestia y, según queda expuesto, un freno antihistórico para la ascensión industrial. Orientados los asuntos bancarios en la consecución de ganancias pingües para la oligarquía que figura al frente de ellos, el corolario fatal de esa situación es la usura y la operación mezquina.

Los perjuicios que de un estado de cosas tan deplorable se derivan para el desarrollo económico de España saltan a los ojos. El dinero es más caro en nuestro país que en cualquiera otra nación. El descuento oficial en la Banca española se cifra en 1934 en un 6 por 100. Pero incluidos los gastos por timbres, impuestos, etc., el descuento real, efectivo, no baja del 8 por 100. Se trata, como puede verse, de un signo prohibitivo. Prestar dinero a los comerciantes y a los industriales al 8 por 100 entraña una conspiración usuraria manifiesta. Con ese pie forzado no hay manera de que florezca la economía de un pueblo. La depredación es mayor si se considera que en el juego bancario los intereses que las entidades de crédito abonan por las sumas ingresadas contrastan escandalosamente, por su insignificancia, con el tipo exagerado de descuento. Y para que se note mejor el abuso de la balanza española, sólo diré que el tipo promedial de descuento vigente en Inglaterra es el 2 por 100; en Alemania, el 4 por 100, y en Francia, el 2,50 por 100.

La escasa entidad, en un sentido cualitativo, de las operaciones que realizan los Bancos españoles, y el empequeñecimiento del cometido que les está encomendado, se traducen en otra de las características de nuestra Banca: la desorganización. No existe aquí la división del trabajo entre los establecimientos de crédito y cambio. Todos, en pocas palabras, hacen de todo. Son como esas tiendas de los barrios judíos de ciertas capitales europeas en las que el cliente encuentra los artículos más diversos en abigarrado y, a las veces, no muy limpio revoltijo. Y bien se comprende que eso suceda en la Banca privada española, pues su corte y sus maneras sólo admiten, me parece a mí, identificación psicológica a través de la estampa y los modos semitas, aunque en el terreno de los negocios y del lucro desorbitado de la clase capitalista se esfuerman las aristas raciales más afiladas.

Pero no creo que debamos caer por la vertiente de las generalizaciones ni que valga la pena detenerse en la descripción de los numerosos defectos de nuestro sistema bancario. Mucho menos cuando los vicios capitales de la Banca española tienen suficiente volumen para permitirnos definirla en varios trazos.

Buscar la relación del Banco con el comercio y con la industria, comprobar cómo se conduce el Banco respecto del comercio y de la industria, es abocetar sus condiciones específicas y diseñar su verdadera fisonomía. No hay, por lo demás, otro procedimiento para juzgar si la Banca se acerca a su misión o se separa de ella.

Algo he adelantado ya a este tenor. He aludido al tipo de descuento o interés, que para el caso es lo mismo, vigente en España. El 6 por 100, o sea el 8 por 100 en la práctica, representaba un dogal fuertemente ceñido al cuello del comercio y la pequeña industria españoles. No digo de la gran industria, porque la gran industria tiene sus Bancos propios, y es frecuente que se confunda el ramaje genealógico en los Consejos de Administración de una y otros.

La afirmación esencial, que reclama de toda mente objetiva el examen de la política de los Bancos de nuestro país, se formaliza, inequívocamente, en este axioma: la pequeña burguesía—no digamos nada del proletariado y la clase media—se halla totalmente desamparada. Si fuera sólo el tipo de descuento... El tipo de descuento, exagerado, usurario, insultante, no es, sin embargo, más que una de las infinitas características deplorables de la Banca española. Lo peor no está en que el dinero sea en la Península más caro que en el resto del mundo computable para estos efectos. Lo peor es que ni con el 8 por 100 de interés dan dinero aquí los Bancos al comercio y a la industria no privilegiada. Ni con el 8 por 100.

Más todavía: el Estado fundó el Banco de Crédito Industrial con el designio de cubrir las deficiencias de la Banca privada. Pero la Banca privada ha conseguido asfixiar al Banco de Crédito Industrial. Esa especie de conjura de la oligarquía financiera contra el comercio y la industria se opone a toda abolición de las costumbres predatorias entronizadas en todos los Bancos.

Consignemos que en España ningún Banco presta dinero a largo plazo y el lector comprenderá, definitivamente, en qué términos tienen puesto los personajes de la casta bancaria el cerco al comercio y a la industria.

Añádase a todo lo anterior este otro rasgo, prototipo de la Banca española. Incuestionablemente, la operación que más favorece al comercio es el descuento de letras. Pues bien: en nuestro país el descuento de letras no seduce a los Bancos. De consiguiente, es el capítulo en que menos fondos invierten.

En cambio, la compra de valores, a virtud de la cual el Banco se convierte en rentista parasitario, constituye una de las actividades preferentes de los mal llamados establecimientos de crédito españoles. La adquisición de títulos por los Bancos, como recurso especulativo y fuente de ingresos, ha merecido de los financieros modernos y de la Banca mejor organizada acres censuras. Ello entraña una aberración lamentable: la falsificación, en todo caso, de las funciones normales e inteligentes de la Banca. Se considera, en efecto, política sana en materia de préstamos bancarios, y así ha sido practicada en Inglaterra, que de la suma de metálico destinada a la concesión de créditos no se dedique nunca más que el 16 ó el 18 por 100 a la compra de valores. Pero en España no cuentan los consejos ni las reflexiones de los tratadistas, ni siquiera el ejemplo de la Banca europea. Aquí, por ejemplo, uno de los Bancos más accesibles para el comerciante y el pequeño industrial invierte ¡el 56 por 100! de sus fondos movilizables ¡en valores!

Por eso sostuve en líneas precedentes que ni con el descuento elevadísimo que rige en España les está permitido a los comerciantes e industriales disponer del dinero de los Bancos.

* * *

¿Cuál es la causa del primitivismo de la Banca Española? ¿A qué motivos obedece esta ferocidad antihistórica de nuestros Bancos? Próximo en el tiempo es el caso del Banco Guipuzcoano, que, teniendo repletas sus cajas y no pudiendo colocar tanto dinero, vuelca sus depósitos, con el interés correspondiente, en la Caja de Ahorros Municipal de Bilbao. Mientras tanto el comercio y la industria españoles se debaten en el ahogo de una honda crisis del crédito. Quizás este ejemplo acabe de señalar a los culpables. Una casta de banqueros sin vocación, sin cultura y sin experiencia, banqueros por imperativo de parentesco, señorean la economía española sólo interesados en el provecho personal a toda costa. No creo que sea ésa una ley incoercible del capitalismo, al menos en la forma descrita, porque el capitalismo tiende al lucro, ciertamente, ilimitado; pero tiende al lucro por ley fatal de su ambición imperialista. Y generalmente, si la audacia comporta riesgos, también trae en sus alas aventureras el mejor botín. No pidamos, con todo, al capitalismo financiero español lo que no puede dar. Entre nuestras figuras de la Banca apenas hay auténticas figuras de las finanzas. Casi todos son gentes aburrescadas e incompetentes en el tema económico, que viven de hacer acto de presencia en los Consejos de Administración y de colocar caudales en la renta fija.

Toda la Banca española descansa sobre el sistema oligárquico familiar. Para ser consejero no se necesita acreditar capacidad, ni haberse distinguido en el ramo de las finanzas, ni tener personalidad. Lo importante es el parentesco. El hijo de un consejero sabe que también él será consejero. Aunque se pase la vida en las carreras de caballos, en los campos de golf o en los *cabarets*. La ley de la herencia rige en el dominio de la Banca como en monarquía hereditaria: inexcusablemente. Hace poco falleció el presidente de un gran Banco madrileño. Al día siguiente le sustituyó su hijo. ¿Sagaz? ¿Necio? Tanto monta. Todo el mundo le acata. Es el hijo de su padre.

Y lo que sucede con los hijos ocurre con cuñados, yernos, primos y demás miembros de la sacratísima institución familiar. Se comprende que la burgue-

sí trate de defender por el hierro y por el fuego tan benéfica institución. Al fin y al cabo, gracias a la familia, todo se queda en casa.

Don Policarpo Herrero fué el fundador del Banco Herrero, de Asturias. Era un hombre de cierto carácter, un auténtico tiburón de la Banca, un hábil fabricante de ganancias. Don Policarpo Herrero no sólo cuidó de acumular millones. También puso interés en tener herederos directos. Y dejó unos 200 millones de pesetas y tres hijos: un varón y dos hembras. El varón es ese don Ignacio Herrero, presidente del Banco Herrero y miembro de unos cincuenta Consejos de Administración. Las hembras no podían, por razón de su sexo, ocupar puestos de ese linaje. Pero contrajeron matrimonio, cosa fácil tratándose de mujeres en posesión de herencia tan caudalosa. Por lo tanto, en seguida tuvo don Ignacio dos cuñaditos: el marqués de la Vega de Anzó y don Pedro Cangas. Dos personas a quienes sendas buenas bodas han convertido en caimancillos de la Banca española. Hoy trabajan para que no le falte ningún lujo a esta honorable familia unos cientos de miles de proletarios, comerciantes y pequeños industriales.

* * *

Cito el caso anterior como paradigma. Para que se vea sobre qué columnas de solidaridad familiar se asienta la red bancaria de nuestro país. Es una especie de feudalismo, por el cual la Banca española reside en manos de una casta y se cierra a toda intervención extraña a las familias que se reparten los negocios financieros del país.

¿Cómo es posible—se preguntarán algunos ingenuos—que no se hayan ajustado las cuentas a los Bancos? Sólo un político, Indalecio Prieto, hizo algo, acaso más de lo que le permitieron, en los pocos meses que defendió la cartera de Hacienda. Los políticos de la monarquía eran aliados de los banqueros, cuando no los banqueros mismos. En consecuencia, la casta financiera operó siempre sin control. De otra parte, la prensa técnica jamás cumplió su misión. Los flamantes economistas españoles están, no sé si con alguna excepción, al servicio de los Bancos. Son venales y, por lo común, unos imperdonables cretinos. No hay en España ningún periódico financiero de relativa independencia, como, por ejemplo, *The Economist*, en Inglaterra.

Al socaire de la política y de una ausencia total de crítica honrada, nuestro mundo bancario se ha desenvuelto de manera catastrófica para la economía nacional. Unas cuantas familias devoran impunemente al comercio y a la pequeña industria con la complicidad antiespañola de los Gobiernos y los escritores financieros, falderillos de la oligarquía.

Está por hacer todavía una gran campaña de agitación en torno de la Banca nacional, de la oficial y de la privada. Ninguna clase puede enarbolar con más brío que la proletaria esa bandera. Pasear por el país las lacras y las aberraciones de nuestros Bancos, principales causantes de la carestía del dinero y de la angustiosa situación del comercio y de la industria, tal vez contribuyera a que la pequeña burguesía y la clase media abdicaran una gran parte del temor que les inspira el Socialismo. Decir a la pequeña burguesía, angustiada por los vencimientos, que sus males no tendrán remedio bajo estos dictadores de la usura que son los Bancos españoles; explicarle cómo, en realidad, trabajan, al igual que el proletariado y la clase media, para la Banca, centro absorcionista de beneficios, me parece una obra esencial y urgente que

la clase trabajadora debe tomar a su cargo. No es preciso que se haga una propaganda unilateral. Pero no olvidar en los discursos proselitistas a las masas intermedias, ganándolas, con razonamientos claros, es cuidado que cae de lleno en la misión histórica del proletariado.

Los grupos de la gran burguesía rapaz, que son los que tienen puesto el cerco a las clases proletaria y pequeño-burguesa, se dan arte, buscando apoyo en la ignorancia, para alzarse con el santo y la limosna. Ellos crean la pobreza sórdida de nuestros obreros y la tragedia cotidiana del comercio y la industria modestos. Y con culpar al marxismo del paro forzoso y de la angostura en que ha de desenvolverse el pequeño comerciante, extraen aún los intereses de su nefasta actuación incorporando a su política los sectores castigados por su voracidad sin límites. Negocio redondo, muy semejante al del famoso Juan de Robres. Mas algo se puede lograr contra el engaño que esparcen los órganos del capitalismo. Es cuestión de gritar a los cuatro vientos las corruptelas de los Bancos, abriendo brecha en los prejuicios de las clases próximas al proletariado son verdades tan elementales como ignoradas por las masas.

Significación económica del año 1934

Por CARLOS BARAIBAR

El presente trabajo carece por completo de originalidad. El autor desea, simplemente, ofrecer a los lectores de LEVIATAN una panorámica de lo que 1934 ha significado en la economía española. Las circunstancias aconsejan limitarse a hacer una exhibición objetiva de los datos fundamentales, tomándolos de las referencias oficiales y de las revistas especializadas que, en épocas como la actual, tienen, en general, neta vocación oficiosa. No creemos sea posible mayor sacrificio de inhibición que este de aceptar como buenos los datos que suministra el adversario interesado y renunciar, de antemano, a toda deducción polémica. Veamos, pues, sin preámbulos ni comentarios interpretativos, la liquidación de este primer año en que se iba a corregir esencialmente la nefasta obra económica del «bienio». De ese bienio espantoso cuyos hombres, según recientemente ha dicho en *A B C* el señor Marraco, osaron «tocar imprudentemente el tronco vital de los estímulos hedonísticos».

Un déficit record.

En numerosas ocasiones habían mostrado los diversos componentes de la coalición que gobernó durante todo el año 1934—con o sin participación directa—la urgencia de hacer un presupuesto, de estructura radicalmente distinta, en que se podasen los gastos, se fomentaran los ingresos por medio del reanimamiento de las actividades económicas, y se desvaneciera el siempre desagradable espectro del déficit. Ha terminado el año sin que se hiciese otra cosa que prorrogar

los presupuestos del señor Carner, trimestre tras trimestre, creándose a la postre una Comisión para el estudio de iniciativas a proponer a la Cámara, tan laboriosamente parteada que la *Revista de Economía y Hacienda*, del señor Rúa, ha dicho en uno de sus últimos números: «En 1935 no habrá presupuestos.»

¿Cómo se ha liquidado el de 1934? Según los datos oficiales facilitados por el Ministerio de Hacienda el 17 de enero último, de carácter provisional, naturalmente, con un déficit de 592 millones de pesetas. ¿Será esta la cifra definitiva? En manera alguna. *El Debate*, comentando aquellos datos, suponía que los gastos pendientes de pago no excederán de los cobros—referidos a 31 de diciembre—en más de unos 150 millones de pesetas. Por consiguiente, según el piadoso exégeta, el déficit real no «debe» pasar, números redondos, de 750 millones. El señor Chapaprieta, fraternal enemigo de la coalición, en su reciente conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil, se mostró más pesimista, vaticinando, por la cuantía de las obligaciones pendientes de pago, un déficit de 800 a 1.000 millones, cifra que, si la memoria no nos es infiel, consideraba había de rebasarse aún no hace mucho tiempo. Sea cual sea, es el *record* desde que se implantó el nuevo régimen, ya que los déficits de los ejercicios anteriores se cifraron del siguiente modo:

Años	Millones
1931	198
1932	405
1933	481

Evolución de gastos e ingresos.

El incremento del déficit ha sido determinado por la doble motivación de un aumento en los gastos, que tan necesario se creyó cercenar, y una disminución en los ingresos, que se iban a reforzar por la austeridad administrativa y el inmediato reanimamiento de la economía.

En efecto, los pagos, a tenor de los datos oficiales, han seguido esta evolución:

Años	Millones
1931	3.855
1932	4.291
1933	4.422
1934	4.475

superándose, por consiguiente, en 53 millones de pesetas al año 1933, declarado orgiástico, sin que entren en la cuenta las muchísimas obligaciones que, como hemos visto, están pendientes.

Correlativamente, los ingresos han dejado de progresar ahora, siendo su cuantía (con deducción de la Deuda):

Años	Millones
1931	3.657
1932	3.886
1933	3.941
1934	3.883

cuya última cifra representa una baja que—dijo *El Debate*—«no puede ser explicada exclusivamente por la cesión de la contribución territorial a Cataluña». ¡Como que no es ese concepto sólo el que rindió menos! Le acompañaron a la territorial en el descenso la industrial, los beneficios del Banco de España, aduanas, alcoholes, transportes, timbre, explosivos, tabacos, petróleos, reintegros de las Compañías ferroviarias, cuotas militares y algunos otros.

En síntesis, se habían calculado para 1934 ingresos por valor de 4.653 millones, y se han realizado sólo 4.449. La diferencia llega, pues, a los 204 millones en menos. Hay muestras notorias, por tanto, de que, contra lo que se esperaba, o se ha administrado peor, o las fuentes de ingresos han empezado a rendir menos, contrariando el signo ascendente que llevaban.

El desnivel de la balanza comercial.

Aminoramiento del déficit, impulso de las exportaciones y revaloración de éstas era el saludable programa de la oposición durante el bienio, en orden al comercio exterior, tan maltrecho, desgraciadamente. Mas tampoco aquí han podido cumplirse los propósitos. A fines de enero facilitó la Dirección general de Aduanas el resumen estadístico correspondiente a los once primeros meses de 1934. Según ellos, el saldo de nuestra balanza comercial continúa siendo negativo y asciende a 232 millones de pesetas oro, contra 159 en 1933 y 227 en 1932.

Las exportaciones han bajado en 48 millones de pesetas oro con relación a 1933, y en 121 con referencia a 1932.

Las importaciones han superado en 25 millones a las del anterior año, siendo inferiores en 116 a las de 1932.

En una palabra: en 1932 pareció tocarse el fondo de la crisis de nuestro comercio exterior, que, ciertamente, lleva aire de desaparecer en cuanto no sea importar aquellas mercancías indispensables para la economía nacional y que no se producen en España. El enérgico esfuerzo realizado en 1933 mejoró la situación por una severísima reducción de las importaciones, principalmente. Pero todo el terreno así recuperado se ha perdido con creces, sin que quepa achacárselo íntegramente a un hado adverso, ya que medidas de gobierno son gestiones tan desdichadas como el Convenio comercial con Francia, que nos ha costado dejar de exportar mercancías por valor de 233 millones de francos, sin compensación alguna, pues, al contrario, las importaciones de ese origen se han acrecentado en 3,3 millones. Y que no hay mucho propósito de rectificar conductas lo indica la tramitación del nuevo contrato de petróleos, ya que—según reiteradamente han denunciado *El Financiero*, *España Económica y Financiera* y otras revistas y diarios—se ha desdeñado la oferta rumana, que suponía una baja en los precios del 10 por 100 y el pago de un 45 por 100 en mercancías españolas, para tomar en consideración la de determinada empresa americana, que representará sólo una baja real del 4 por 100 y ni esperanza siquiera de compensar parte en mercancías nacionales.

Acaso la nota más desconsoladora en la vertical caída de nuestras exportaciones es la desvaloración de nuestros productos más típicos. El esfuerzo de los productores españoles para sostenerse en los mercados del mundo es evidente, por cuanto los tonelajes de las mercancías exportadas siguen

una marcha ascendente: 5 millones de toneladas en 1932, 5,4 en 1933, 5,8 en 1934. Son las precios los que se despeñan. A pesar de los clamores agrarios de 1932 y 1933, los precios de nuestras exportaciones se han degradado —dato de *España Económica y Financiera*— en un 30 por 100 si se comparan los resultados de 1934 con los de 1932, mientras que el índice correlativo en cuanto a las importaciones sólo acusa el 5 por 100. Y es Levante, precisamente, región en que tantos intereses tiene la coalición gobernante, y que tan animosamente clamaba en 1932, la que peca con la mayor desgracia. Sólo por la naranja, la *Revista de Economía y Hacienda* ha calculado que al fin de año la exportación habrá supuesto una baja de cerca de cien millones de pesetas, aunque un patriótico silencio sea la tónica actual de aquellos productores y sus más calificados voceros.

La balanza de pagos. Conocidos estos penosos datos oficiales de la liquidación de la balanza comercial de España hasta noviembre de 1934, ¿vale la pena señalar cuál pueda ser el signo de nuestra balanza general de cuentas en el año que acabamos de doblar?

No es de hoy, ciertamente, la desgracia de que en orden al intercambio comercial sea España una nación endémicamente deficitaria. Pero si en otros tiempos el hecho no tenía por qué causar alarmas excesivas, por contrarrestarse concepto tan importante con otros capítulos, comúnmente llamados invisibles, de la balanza general, ¿hasta cuándo va a poder sostener España ese incremento del déficit comercial sin que su moneda se resienta y toda su economía se desangre? Cuando llegaban de Ultramar hasta 400 millones en giros de emigrantes y los países gran capitalistas invertían sumas cuantiosas en su afán de colonizarnos, al tiempo que paulatinamente se iban estimando las inmensas posibilidades turísticas de España, era insensato, pero no mortal de necesidad, desentenderse del déficit mercantil. Pero hoy, cuando no se recibe ni una peseta de América, ni los capitales afluyen, ni el turismo puede incrementarse—tanto por la crisis mundial como por el aspecto de castro en pie de alarma que nuestro país ofrece—, ¿no es suicida renunciar a operaciones como la de Rumania o permanecer hoscamente cerrados a toda posibilidad comercial con Rusia?

Sería muy interesante ahondar un poco en las perspectivas derivadas de esta situación de la balanza de pagos. Mas no hay sobre el particular datos oficiales ni oficiosos, y, fieles a nuestro propósito inicial, es forzoso abandonar el tema.

Emisiones de capitales. Veamos algunos datos esenciales para juzgar el grado de la actividad económica interior y privada, cuyo esplendoroso resurgir había de seguir, con inequívoca certeza, a la expulsión del Poder de los que gobernaron durante el bienio. ¿Cómo iba el capital a aventurarse mientras la coalición republicanosocialista gobernara?, se decía. Y, en efecto, he aquí la evolución seguida por las emisiones de capital durante el último quinquenio:

Años	Millones
1930	908
1931	797
1932	950
1933	992
1934	1.117

¿Hasta qué punto significa un resurgir la cifra de 1934? El Tesoro y las Corporaciones han absorbido 757 millones del total, es decir, el 68,7 por 100. En el fondo, si se descuenta de la parte de las empresas privadas la masa de emisiones de las hidroeléctricas y los cien millones que pidió la Telefónica en cuanto cambió de rumbo la política, la diferencia es insignificante con respecto a 1933, año vituperado como catastrófico. Es más, aún hay algunos datos aislados terriblemente deprimentes en 1934. Por ejemplo, las empresas de construcción, tan reveladoras del grado de bienestar general, sólo emitieron 33,3 millones, frente a 48,4 en 1933. Y la minería y los abastecimientos de aguas y riegos ni siquiera pidieron un céntimo al mercado libre de capitales. Por otra parte, los alicientes que hubo que ofrecer para que las emisiones se cubrieran se revelan con la simple consideración de que, del total, 988 millones fueron valores de renta fija; de ellos, 898,9 con exención de impuestos, proporción muy superior a la del pasado año.

Hubo mayor actividad emisora en las Corporaciones locales y provinciales: 133 millones en 1933 y 192 en 1934. ¿Será que, a medida que los cargos de elección popular van siendo substituídos, resurge aquel impetuoso afán emprendedor que tan amargas huellas dejó cuando la Dictadura?

Efectos en la Bolsa. ¿Ha acusado la Bolsa durante 1934 ese resurgir que se vaticinaba para el momento en que cambiase el sentido impuesto en abril de 1931?

Cierto que el volumen global de las operaciones realizadas es superior al de 1933. Pero la preferencia otorgada a los fondos públicos fué tan absorbente—y ya se sabe lo que esto significa—, que los valores industriales, en masa, fueron depreciados en el curso del año último. Si se exceptúa el grupo naviero, casi todas las acciones sufrieron quebranto, como se ve en el siguiente cuadro, en que se comparan cotizaciones de cierre de 1933 con las del cierre de 1934:

A C C I O N E S	1933	1934	Diferencia
<i>Bancarias.</i>			
Hipotecario	301	255	— 46
Exterior	33,5	30	— 3,5
Hispano-Americano	156	148	— 8
Español de Crédito	204	181,5	— 23,5
Bilbao	1.200	1.127,5	— 72,5
Vizcaya	1.175	1.000	— 175
Hispano Colonial	277,5	225	— 52
<i>Ferrocarriles.</i>			
Norte	282,5	255	— 27,5
Alicantes	253	197	— 56

A C C I O N E S	1933	1934	Diferencia
Andaluces	87,5	65	— 22
Metro (Madrid)	136	116	— 20
Metro (Barcelona)	24	19	— 5
<i>Electricidad.</i>			
Hidroeléctrica Ibérica	665	632,5	— 32,5
Hidroeléctrica Española	156	159	+ 3
Viesgo	440	300	— 140
Alberche	58,5	46	— 12,5
Mengemor	160	120	— 40
Unión Eléctrica Madrileña	125	104	— 21
<i>Siderometalúrgicas.</i>			
Altos Hornos	89	63	— 26
Basconia	750	700	— 50
Duro Felguera	47	40	— 7
Maquinista Terrestre	40	29	— 11
Babcock Wilcox	80	68	— 12
Euskalduna	200	210	+ 10
Siderúrgica Mediterráneo	17	18	+ 1
<i>Monopolios.</i>			
Tabacos	208	217	+ 9
Petróleos	124	124	—
Telefónica	114	100,5	— 13,5
<i>Varias.</i>			
Explosivos	738	509	— 229
Azucarera	45	38	— 7
Madrileña de Tranvías	107	98	— 19
Minas del Rif	315,5	276	— 39,5
Cepsa	30	28	— 2
Resinera	9	7	— 2
Papelera	165	161	— 4
Asland	74	63	— 11
Industrias Agrícolas	210	191	— 19
Ford Motor Ibérica	1.070	895	— 175

Paro; coste de la vida; salarios. Gracias a la atención prestada por los Gobiernos republicanosocialistas a los problemas del trabajo, empezamos a conocer en las postrimerías de aquéllos—junio de 1933—las primeras estadísticas del paro obrero involuntario. La revelación incontrovertible del mal lanzó a todos los partidos a una pugna verbalista sobre el caso, siendo uno de los tópicos más sobados en la campaña electoral de noviembre de 1933 el de las medidas para mitigarlo, si bien se supeditaba todo a la rectificación de las orientaciones del bienio. Pues bien: rectificadas están, esencialmente la ley de Términos municipales, y patentes los resultados conseguidos. En un año de cosecha ubérrima—factor capital en nuestra economía—en que el trigo recolectado llegó casi a la cifra *record* de 1932 (46.151.000 quintales métricos en 1934 y 46.300.000 en 1932), nos encontramos con que los últimos datos conocidos acusan un 23 por 100 de parados más que aquellos primeros a que nos referíamos. Y no por meras causas estacionales, por cuanto, si comparamos los datos de referencia—diciembre de 1934—con los correlativos de 1933, hay también un aumento del 7 por 100.

Se ha cerrado 1934 con la cifra oficial de 667.898 obreros en forzada holganza. Durante todo el año se ha mantenido un promedio de unos 625.000 parados. El campo soporta casi dos tercios de la cifra, pero aún hay industrias que relativamente están en peor situación todavía. El Centro Industrial de Vizcaya, por ejemplo, acaba de declarar que en aquella provincia, que contaba con unos 70.000 obreros industriales, había en diciembre 20.000 en paro completo y unos 17.000 en paro parcial. La construcción acusó a fin de año casi 100.000 parados en toda España, dato que aún nos parece corto si se tiene en cuenta que el Hipotecario, que tan de cerca sigue las oscilaciones de aquella industria fundamental, sólo emitió en todo 1934 cédulas por valor de 33,3 millones de pesetas, es decir, 15,1 millones menos que en 1932, año por excelencia denostado. Menos mal que, tras todo un año perdido, no obstante las promesas electorales, vuelve a hablarse de grandes planes para mitigar el paro, si bien con la modalidad nueva de llamarse ahora a parte principal las empresas, para con su consabida experiencia canalizar lo que se haga—si algo se hace—con las altruistas miras de rigor en el gran capitalismo.

Pero si el paro crece, las cosechas han sido buenas y nuestros productos sufren una mortal depreciación en los mercados exteriores, en cambio la vida se encarece en proporción paradójicamente contraria. Las estadísticas de las Cámaras de Comercio suministran un repertorio de datos harto significativos al respecto. Sus números índices acusan que, suponiendo los precios igual a 100 en la base del período de 1922 a 1926, en 1931 bajaron a 99,4, y durante el bienio se actuó sobre ellos hasta reducirlos en julio de 1933 a 88,8. Para fin de año ya habían subido, manteniéndose durante 1934 sobre 94, siendo 94,2 el índice correspondiente a noviembre, último que conocemos al escribir estas líneas.

¿Cómo se habrá defendido la gran masa del país ante la conjunción de tantos factores adversos como se van señalando? Los que hayan trabajado, ¿habrán mantenido, al menos, sus salarios? Sobre este particular permanecen siempre mudas las fuentes que estamos manejando y de cuyo cauce nos hemos prometido no salirnos. Sí nos será permitido, únicamente, señalar la reaparición, según algunos comentarios de prensa diaria, de salarios de dos pesetas, y aun menos, en determinadas zonas del campo.

Resumen.

En su número del 5 del pasado mes de enero hacía *España Económica y Financiera* un resumen de 1934. De él son estas apreciaciones: «¿Qué se ha hecho en 1934 en materia de Hacienda pública...? El año termina con otra prórroga trimestral del presupuesto, con un proyecto de plenos poderes para la reorganización y sin que ni personas ni partidos estén de acuerdo respecto al alcance de estos proyectos.

El problema más apremiante al empezar el ejercicio fenecido (el paro) no ha tenido ni un intento serio de solución.

No han faltado proyectos y comisiones..., pero el hecho es que hasta ahora todo ha sido letra muerta.

La situación del Tesoro ha sido crítica: ha tenido que acudir, como en años anteriores, al crédito público.

La economía industrial no ha salido de la depresión en que se hallaba al advenir el año 1934.

¿Ha mejorado la situación del mercado del dinero... El dinero sigue medroso... Para la Banca continúa siendo problema el de la inversión de sus disponibilidades... La iniciativa privada sigue paralizada... Nuestras Bolsas se han convertido en estos tiempos en meros mercados de fondos públicos.

No quisiéramos para el nuevo año características como estas de 1934.»

Causas del desarrollo, apogeo y decadencia de la C. N. T.

Por RAFAEL VIDIELLA

Cuando aparezca este número de LEVIATAN estarán próximos a cumplir doce años del vil asesinato de Salvador Seguí. Estudiar serena y objetivamente las causas del desarrollo, apogeo y actual decadencia del poderoso organismo obrero por el que tanto se sacrificó el *Noi del Sucre* será honrar la memoria de aquel noble amigo y valiente luchador.

DESARROLLO: Federalismo, acción directa y apoliticismo.

La Confederación Nacional del Trabajo de España constituyóse el año 1911, en Barcelona. Teniendo por norte de su acción el sindicalismo revolucionario, fijémonos bien, como guión de nuestro estudio, en sus tres más sólidos aspectos constitucionales: 1.º, federalismo, como estructura orgánica; 2.º, acción directa, como táctica de lucha, y 3.º, apoliticismo, como principio doctrinal.

Su constitución federalista, a base de Confederaciones Regionales, aporta a la C. N. T. una gran fuerza: la de los trabajadores catalanes que, además de ser nativos de una región tradicionalmente en colisión con el Estado monárquico unitario, se educaron en las teorías proudhonianas, divulgadas en lo político por Pí y Margall, y en lo social, por el anarquista Anselmo Lorenzo. Junto al proletariado de Cataluña forman el nuevo organismo el de Andalucía, donde Fermín Salvochea sembró anarquismo—nada hay tan federal como el enarquismo—, y el de Gijón, en Asturias, donde existían núcleos anarquistas y de republicanos federales.

Otras Confederaciones Regionales formáronse luego más lentamente. La del Centro es una de las más recientes—anotemos el dato por la presión unitarista de Castilla—, y no dejemos de anotar tampoco el de que, cuando en 1919 se constituyó la de Levante, con Murcia y Albacete incluidos—por cierto, en un Congreso en pleno estado de guerra, situados los delegados en dos barcas en medio del lago de la Albufera—, son su base el proletariado de Alcoy, Cartagena y el Grao de Valencia. Alcoy es a Alicante lo que

Sabadell es a Barcelona: un cantón. El Grao ha sido siempre el cantón de Valencia. Histórico es el cantón de Cartagena. La capital de la región, Valencia, apenas dió adherentes a la C. N. T. Estos fueron captados después, en los azares de la lucha social. Pero el hecho más destacado es que el proletariado que cimenta la C. N. T. desde su constitución y consiguiente formación de Confederaciones Regionales es el de aquellas regiones y ciudades donde el republicanismo más o menos federal y autonomista tiene rasgos acusados. Su organización federalista, junto con su doctrina apolítica y su táctica de acción directa, conducen brillantemente a la C. N. T. hasta su más completo apogeo. La organización federal respondió a una vieja tradición en toda la Península Ibérica. El apoliticismo fué una condición ineludible para lograr la unidad proletaria. Y la acción directa una necesidad en un país como el nuestro, en donde las oligarquías políticas, económicas y burocráticas hicieron del Estado una ficción, siendo las primeras en prevaricar y en conculcar las leyes.

Luego veremos cómo la ignorancia, desviación o exageración de los tres factores principales de progreso en la C. N. T. llevan a ésta a su actual decadencia (1).

APOGEO : Sentido político.

Quien dió verdadero carácter a la Confederación Nacional del Trabajo de España fué la Regional Catalana.

Ello es lógico, pues siendo Cataluña la porción española más industrial y, por tanto, la más proletarizada, ese país era donde la lucha de clases, al manifestarse más intensamente desde hacía tiempo, podía dar ejemplo y normas al resto de los trabajadores españoles. Es un hecho innegable, pues, que la dirección de la C. N. T. radicó siempre en Cataluña. Pero mientras los militantes de Cataluña observan para sí y respetan en las demás Secciones que integran la C. N. T. los tres postulados que son su eje central, progresa la Regional Catalana, y con ella todo el organismo confederal. Desde 1911 hasta 1919, en que la C. N. T. celebra su II Congreso, en Madrid (fecha que inicia su decadencia), alcanza un millón de afiliados (2). El esfuerzo compete casi exclusivamente a Cataluña, cuya ininterrompida serie de huelgas victoriosas y enormes, como la de La Canadiense, entusiasman y movilizan a todo el proletariado de España.

El sindicalismo revolucionario es hasta 1919 estrictamente apolítico. Cumple, pues, uno de sus fines esenciales. Sin embargo, el apoliticismo de la C. N. T. no implica ausencia de sentido político. No se desentiende de la política española. Significa, únicamente, que el Sindicalismo es un movimiento de masas sin política propia, a fin de que en él quepan todos los trabajadores, sin distinción de ideas, con objeto de luchar en el terreno económico. Así lo entienden hasta entonces los propios anarquistas, que limitan sus propagandas específicas al margen de los Sindicatos. Su labor en éstos

(1) No pretendo encuadrar esos tres solos factores en las causas del desarrollo, apogeo y decadencia de la C. N. T. Los juzgo los más fundamentales. Ya veremos cómo en su crisis interna y decadencia son precisamente las regiones y ciudades citadas anteriormente, que son las primeras en dar vida a la C. N. T., las que primero también se apartan de ella en cuanto dejan de respetarse, desvían o exageran los postulados que la hicieron progresar.

(2) Volvió a alcanzar y rebasar esta cifra los años 1931-32; pero fugazmente, atribuido ello en gran parte a la permanencia de los socialistas en el Gobierno, donde apenas podían llevar a cabo su programa mínimo.

consiste exclusivamente en evitar que caigan en el reformismo. En mantener vivo el espíritu de la acción directa y revolucionaria. Pero jamás en el sentido de desentenderse de los hechos políticos que signifiquen una ampliación de la revolución democrática, que es la que dió personalidad jurídica al proletariado. De aquí que los mismos teóricos del anarquismo, entre ellos los más leídos en España—aunque torpemente traducidos—, Bakunin, Kropotkin y Malatesta, junto con nuestros Anselmo Lorenzo y Ricardo Mella, hicieran la más respetuosa distinción entre el Sindicalismo y el Anarquismo. De aquí también que ellos mismos—coincidiendo en esto con Marx—, cuando enjuician cualquier fenómeno revolucionario de amplia base democrática y hasta cualquier reivindicación de nacionalidad oprimida por un imperalismo—la vida de Bakunin es rica en hechos de esa índole—, toman partido a su favor, aconsejando a los trabajadores y a los anarquistas que intervengan, «aunque la revolución no pueda llegar a nuestros anhelos antiestatales». «Después—agregan—seguiremos luchando por nuestros fines ulteriores.» Apurando aún más esta cuestión fundamental del Anarquismo, sus teóricos clásicos suelen afirmar, cuando se les objeta que la actuación de los anarquistas contra un nuevo régimen democrático puede sumar fuerzas a las de la reacción caída, que la misión de los anarquistas entonces es la de prestar las suyas a la democracia amenazada. Nunca un paso atrás. Partir siempre de lo menos malo a lo mejor.

Entre otras, la mejor observancia de esas orientaciones la dió la C. N. T.—dirigida aún por cabezas sólidas—en la huelga revolucionaria que, junto con la U. G. T., en 1917, se propuso derrumbar el régimen monárquico.

El sentido político de los dirigentes de estos dos poderosos organismos obreros cumplió a la sazón dos objetivos importantes: el de la conveniencia de una unidad de acción, dejando aparte, de momento, adjetivos circunstanciales, y el captarse las simpatías de la opinión toda por lo que de justo, reivindicador y humano tenía el aludido movimiento. De aquel preciso instante arrancan el ascendiente y el desarrollo que ambos organismos adquirieron luego. Como uno de los secretos de la victoria es la acción—pues aunque un movimiento revolucionario no alcance todos sus objetivos tampoco puede decirse que fracasa (el 14 de abril del 31 es siembra de agosto del 17)—, tanto la U. G. T. como la C. N. T. vieron rápidamente nutrir sus cuadros de trabajadores, eligiendo éstos una u otra, según su simpatía.

Otro acierto de los más importantes—ya hemos dicho que Cataluña dirigía el movimiento de la C. N. T.—tuvo la Regional Catalana. Aquel que en su Congreso regional de 1918 acuerda transformar los Sindicatos profesionales en Sindicatos Unidos de Industria. La experiencia de la concentración industrial burguesa por una parte, y la no menos clara de la interdependencia existente en talleres y fábricas de unos oficios con otros en varios aspectos de la lucha sindical y solidaridad proletaria, así lo exigían acertadamente. Pero acordémonos del buen tino y cuidado que los militantes de aquel Congreso tuvieron en que aquella fusión de Sindicatos no se convirtiera en una confusión. Atentos siempre, por tradición, a no rebasar la línea autonómica de las Secciones, hacen del Sindicato de Industria una federación de oficios. Respetan las Juntas de las Secciones y su autonomía administrativa y profesional, y la Junta central del Sindicato de In-

dustria la componen representantes de cada una de aquéllas. Se liga, pues, pero no se mania.

Sin esa clase de organización no hubiera sido posible el movimiento más grande que en huelgas registra la historia del proletariado: el paro general llamado de La Canadiense, en 1919, que hace brillar en todo su esplendor y apogeo a la C. N. T. Con una precisión matemática, a la hora y minutos que acordaban los representantes del proletariado, unánimemente, sin coacciones, éste fué abandonando el trabajo, dejando sin impulso creador, sin vida, la ciudad de Barcelona. Todavía días más tarde, como contestación a las autoridades, que suspendieron las garantías constitucionales y la prensa obrera, dictaban los trabajadores su voluntad: la censura roja en las publicaciones burguesas, para que éstas no se prevalieran de su situación ventajosa contra los obreros.

**DECADENCIA: Del
Sindicalismo al Anar-
cosindicalismo.**

En este punto, sin embargo, empiezan a plantearse muchos militantes de la C. N. T. la gran cuestión que ya se formulaban Marx y Bakunin en el seno de la Primera Internacional. ¿Es el Sindicalismo o el movimiento obrero por sí mismo, sin tutela de un ideal político superior, capaz de llevar al proletariado a la victoria definitiva y a la transformación ulterior de la sociedad sin clases? De la contestación que se den los militantes de la C. N. T. dependerá que ésta siga creciendo o decayendo. Veamos qué se contestaron.

El II Congreso de la C. N. T., celebrado en el teatro de la Comedia, de Madrid, en diciembre de 1919—y que Salvador Quemades tildó alguna vez de «Tumulto de la Comedia»—, pretendió resolver esta gran cuestión (1).

La gran cuestión se resuelve en el Congreso por buena parte de delegados catalanes, que, junto con los andaluces, sumaban la mayoría de afiliados, votando una moción por la que se declaraba que la finalidad de la C. N. T. era la implantación del comunismo libertario. Muchos delegados anarquistas, los de Asturias entre ellos, no pudieron evitar el acuerdo, que, por cansancio del Congreso, fué tomado al final de éste por unanimidad. Pero la disconformidad manifestóse luego, a extramuros de la asamblea, en discusiones y comentarios. Los anarquistas mismos quedaron desde aquel momento divididos en anarquistas puros y en anarcosindicalistas. Porque en aquel Congreso nació el anarcosindicalismo. Ya en dicho Congreso, quienes mejor y más sintéticamente marcaron ambas direcciones fueron dos campesinos, uno de Sevilla y otro de Beniaján (Murcia), en respectivas y sabrosas frases.

Dijo uno, (cuando se definía el anarquismo (las palabras fueron más gráficas, pero ese es el sentido):

—El anarquismo es el elemento viril del sindicalismo.

Replicó el otro:

(1) Claro está que, tanto la revolución española de 1917, como la rusa del mismo año, como el movimiento de La Canadiense, enseñaban al proletariado lo relativos que son siempre los triunfos mientras la burguesía ocupe el poder político. No analizo, pues, la necesidad de buscar en dicho Congreso un cambio de postura, sino la postura en sí que en él se adopta, a fin de sentar conclusiones de decadencia.

—Para hablar de anarquismo es menester purgarse, a fin de que ni el mismo aliento manche la palabra.

La primera definición—quizá debido al ambiente de violencia individual que predominaba en Cataluña—fué la que prevaleció, si no de una manera formal y tácita, sí psicológicamente.

La cuestión primera, que se desprende del acuerdo del teatro de la Comedia, es convertir la C. N. T. de apolítica en política. En adelante la prensa confederal y la C. N. T. están autorizadas para hablar oficialmente contra todos los partidos políticos, contra la intervención electoral de los obreros que cobijan, etc., etc. En ella ya no caben más que anarquistas. Primer tropiezo serio, que ha de crear forzosamente una escisión, no ya de anarquistas disconformes con esa postura, sino de infinidad de obreros, casi todos republicanos, socialistas o simplemente sin partido.

Esta se manifestó ya, después de la represión de 1920-22, en la Conferencia Nacional de Zaragoza, celebrada ese último año. Ante la rigidez del acuerdo de la Comedia, que impedía a la C. N. T. ningún movimiento que no fuera anarquista, Salvador Seguí, Peiró y otros intentaron defender una moción, no política, sino de sentido político, por la que se permitiera a la C. N. T. cooperar en todo movimiento revolucionario que significara un avance o ampliación de las conquistas democráticas. Esta posición significaba el retorno a la que la C. N. T. tenía antes de 1919. Seguí y Peiró fueron derrotados.

La consecuencia inmediata fué que en el golpe de Estado de 1923, no ya la C. N. T. dejó de intervenir en contra, sino que ni tan siquiera, oficialmente, marcó una posición. Algunos anarquistas dijeron, si acaso, que no les interesaban las disputas burguesas. Tal conducta se acentúa aún más durante la Dictadura hasta la proclamación de la República. Los anarquistas no quieren formar contacto con los Comités revolucionarios que se forman contra la Monarquía. Sólo se hace de una manera fugaz cuando, huídos muchos anarquistas españoles a Francia, los Comités de la C. N. T. están en otras manos o reside el Central en Gijón. Estando el Comité en Gijón es cuando la C. N. T. interviene en el llamado «complot de la noche de San Juan». Con los Gabinetes Aznar y Berenguer regresan los anarquistas huídos a Francia, vuelven a regir la C. N. T.—ya en Barcelona el Comité—o entorpecen la obra de los que forman éste, no toman parte en los Comités revolucionarios y la República adviene sin la intervención directa de la C. N. T. ¿No sabemos qué caminos tomara la revolución española si en los Comités revolucionarios contra la Dictadura hubiesen coincidido, como en 1917, la U. G. T. y la C. N. T. (1).

(1) Al que esto escribe le hizo sufrir una profunda crisis, que culminó años más tarde en su ingreso en el Partido Socialista y en la U. G. T., la siguiente conversación sostenida en París con don Marcelino Domingo, a principios de 1926, siendo yo delegado de la C. N. T.—Comité en Gijón—en el Comité revolucionario, que integraban también el señor Maciá, un miembro del Partido Comunista y otro de los nacionalistas vascos:

—¿Qué opinan en Madrid la U. G. T. y los socialistas, señor Domingo?

—Estuve—contéstó—hace unos días con Largo Caballero, y, al invitarle a que se unieran los socialistas y la U. G. T. con nosotros, díjome Caballero: «En España hay sólo dos fuerzas: la U. G. T. y la C. N. T. A ustedes los republicanos les apreciamos por lo que sus personas valen; pero carecen de fuerza. Nosotros nos uniríamos con la C. N. T. si nos entenderíamos. Pero—agregó—, ¿a qué elementos de solvencia nos dirigimos de la C. N. T.? ¿Cuál de ellos puede preciarse de ser intérprete o representar fielmente, por lo dispersas, las aspiraciones de la C. N. T.?»

Confieso que de momento me irritó—la irritabilidad parece ser cosa aneja a la educación anarquista—, pero no tardé en convencerme de lo justas que eran las palabras del líder socialista.

No es sólo la desviación apolítica lo que produce en la C. N. T. su crisis. Lo es también la desviación—por exageración—de su táctica de acción directa. Esta siempre tuvo, unánimemente, de los militantes esta definición: acción directa es litigar o pactar los contendientes entre sí, sin la presencia o intromisión de fuerza extraña a los mismos. Sin embargo, las violencias individuales entre 1918-22 llegaron a arrinconar esa práctica y a hacer creer, no ya a la opinión pública, sino hasta a muchos trabajadores, que no otra cosa que la violencia individual o de grupo era la acción directa. Estamos hartos de ver definidores que en la prensa, los libros y hasta los diccionarios confunden la acción directa con los actos de terror.

Lo más antitético, no obstante, a la acción directa es la intromisión individual o de grupo, violenta o no, que, extraña a los factores en pugna, presiona o coacciona a cualquiera de los contendientes. Pero no es sólo esa desviación de la acción directa a lo que ha dado lugar la violencia individual o de grupo, sino a la creación de un factor nuevo, que luego ha de ejercer suma influencia en la C. N. T.: el hombre-brazo. Así se ha dado en este organismo obrero el mismo caso, exactamente, que se dió en la caída Monarquía española: que a fuerza de necesitar ésta de los generalitos guapos que la defendieran, acabaron los generalitos guapos por mandar más que los propios ministros de la Monarquía (1).

Y, para terminar, no hace falta más que observar de qué manera se ha olvidado y maltratado el sentido federalista de la C. N. T. Los Sindicatos de Industria dejaron de ser, en Cataluña, aquel pacto federal entre Secciones de oficio, que tan atildada y acertadamente convino el Congreso Regional de 1918. Un centralismo absorbente los domina, en menoscabo de las profesiones. Las asambleas son siempre conjuntas, dejándose intervenir a veces en ellas hasta a los que no pertenecen a la misma industria, lo que hace que predominen en las mismas, por más numerosos, los peones sobre los obreros calificados.

No queremos decir con esto que aquéllos no tengan idéntica dignidad moral y hasta intelectual que éstos. Pero tratándose de Cataluña—y ya hemos repetido que ésta es la cabeza de la C. N. T., como Barcelona lo es de Cataluña—se observa un fenómeno muy singular.

Casi todo el peonaje que trabaja en Barcelona es mano de obra inmigrada de las distintas regiones de España. Las luchas políticas y sociales de Cataluña tuvieron siempre un matiz marcadamente autonómico y federal. Nacionalista, si se quiere. Tanto el anarquismo como el marxismo reconocen, y hasta defienden, todos los movimientos nacionales libertadores. Pero, en general, el obrero inmigrado de las diversas tierras españolas, educado en su país de origen contra lo que llaman separatismo catalán, imprime ese tono en las asambleas de los Sindicatos y los domina. Esto nos explica por qué, una vez realizada la escisión de los treintistas de la C. N. T., se habla en los Sindicatos de Oposición casi exclusivamente el catalán, y en los de la C. N. T. preferentemente el castellano.

(1) Entiéndase siempre en su más pura relatividad esta comparación. Porque si bien es verdad que los hombres-brazo de la C. N. T. eran más inteligentes que los hombres-brazo de la Monarquía, no es menos cierto que los militantes de la C. N. T. estaban, inteligentemente, muy por encima de los que eran ministros de la Monarquía.

La marcha del mundo

Comentarios a la conversación Stalin-Wells

La conversación entre Stalin y Wells, que nosotros reproducimos en el número anterior, ha tenido gran resonancia en el mundo entero, y muy señaladamente en los países de lengua inglesa, donde Wells es tan conocido y estimado. Una revista semanal de Londres, «The New Statesman and Nation», que también la reprodujo, ha recibido cartas de eminentes escritores ingleses comentando el diálogo entre el hombre de Estado ruso y el gran novelista británico. Por su gran interés polémico transcribimos algunas de las más importantes: una del dramaturgo Bernard Shaw, otra del economista Keynes, otra de Wells replicando a Shaw y, finalmente, otra de Shaw contestando a Wells y a Keynes, en las cuales se discuten y dilucidan los puntos de vista antagónicos de la conversación inicial.

COMENTARIO DE BERNARD SHAW

La conversación, o más bien la colisión, entre estos dos hombres extraordinarios no nos ha revelado nada que no supiéramos ya acerca de sus opiniones respectivas. Pero es divertido como paso de comedia; y sospecho, que como tal no dejaría de entretenerle a Stalin, pues es hombre que posee un agudo sentido de la comicidad y una risa cordial y espontánea. He aquí algunos de los puntos que merecen ser subrayados y saboreados.

Stalin escucha atenta y seriamente a Wells, comprende sus argumentos con toda exactitud y, al replicarle, da siempre en el clavo. Wells no escucha a Stalin; tan sólo espera, con sufrida paciencia, que Stalin acabe de hablar para empezar él de nuevo. Cree que sabe mejor que Stalin todo lo que Stalin sabe. No fué a verle para aprender algo de Stalin, sino para darle una lección. Wells va a salvar el mundo por medio del *clissoldismo* (1). Ignora que su Clissold no es sino una versión moralizada del capitalista de Augusto Comte, ese Comte que ha quedado trasnochado, porque no se le ocurrió ninguna solución mejor al problema de la lucha de clases. Los Clubs Rotarios, fun-

dados para organizar a los Clissolds, se convirtieron casi al instante en *luncheon-clubs*, en sociedades en las que se reúnen periódicamente para almorzar hombres que nunca oyeron hablar ni de Comte, ni de Clissold, ni siquiera de H. G. Wells. Pero éste, que no da más importancia a los Clubs Rotarios que a Stalin, ni tuvo nunca, como tuvieron los fabianos (2), que polemizar con los comtistas mientras este linaje existió, cree que el clissoldismo es el último grito, y asegura a Stalin, sin tacto, que la lucha de clases es un disparate.

Stalin, que sabe por experiencia lo que valen los Clissolds cuando llega la hora de la verdad, trata cortésmente de poner las ideas de Wells en orden y proporción marxistas para su propio interlocutor; mas éste, convencido de que Stalin está obcecado por una necia fórmula sobre la lucha de clases, trata la exposición de sus conceptos como si fueran interrupciones incongruentes y aburridas, y, descartándolos con un amable «Estoy de acuerdo con mucho de lo que acaba de decir», vuelve a su prolija digresión sobre la importancia de Clissold.

Stalin, con paciencia inexpugnable, vuel-

(1) Alusión a William Clissold, personaje típico de una de las últimas novelas de Wells, «El Mundo de William Clissold». (Nota del Traductor.)

(2) Afiliados a la Sociedad Fabiana, fundada en 1884 por Bernard Shaw, los esposos Webb y otros intelectuales ingleses. Inspirada en la táctica de Fabio Cunctator, el Contemporizador, ha sido el exponente menos disimulado del socialismo oportunista o reformista.

ve a dar a Wells una clara lección elemental de ciencia política post-marxista. Ello le produce a Wells menos impresión que el agua sobre el lomo a un pato. Antes de reanudar el hilo de sus observaciones, pone a Stalin en lo que cree ser el sitio de éste, con una advertencia benévola: «Quizá sea yo, de nosotros dos, el que más te diga en la interpretación económica de la política». Luego, reprocha a Stalin el «dirigirse a esa gente (los Clissolds) con una propaganda de la lucha de clases, que sólo ofrece dos caminos», olvidando que Stalin se vio obligado a dirigirse a ellos para que escogieran entre estos dos caminos: el trabajo en una mano y un fusil en la otra. «Esas gentes», dice Wells, que olvida la época en que Clissold se llamaba Ponderevo, «comprenden la situación del mundo. Se dan cuenta de que se ha convertido en un caos sangriento; pero al mismo tiempo consideran que el antagonismo primitivo de la lucha de clases, tal como ustedes la entienden, es una aberración».

Stalin replica, en efecto, que ésta es precisamente su equivocación, y analiza muy hábilmente para Wells la idiosincrasia de aquellas gentes. Pero nada puede quebrantar la firmeza británica de Wells, según la cual Stalin, siendo extranjero y no habiendo asistido nunca a una sesión del Instituto de Asuntos Internacionales de la Plaza de San Jaime ni leído la revista *La Tabla Redonda*, no tiene la menor idea de lo que puede hacer el clissoldismo, a más de que su inteligencia ha sido destruida por un maléfico degenerado llamado Marx. Con el fin de poner esto de relieve, lanza de repente en la conversación a Clissold, ex Ponderevo, bajo un nuevo avatar: el de Morgan-Rockefeller-Ford. Esos hombres saben organizar. Entonces, ¿por qué no llamarles para cooperar con Stalin? Y queda subrayada la sugerencia con estas palabras: «Se me antoja que soy más izquierdista que usted, señor Stalin».

Stalin admite galantemente que esos Clissolds saben organizar, pero añade que el problema estriba en cómo se les podría organizar a ellos; lo cual es precisamente el problema que los Soviets han resuelto con éxito, aunque no sobre la base de la propiedad privada, y aunque no en todos los casos haya sido innecesario emplear la presión suave, pero persistente, del cañón de una pistola sobre el occipucio de Clissold.

Y así transcurrió la conversación. No es literalmente cierto que la entrevista no ofrezca pruebas de que nuestro querido Wells posea el sentido del oído; pero me atreveré a decir que la famosa táctica de Robert

Owen: «No discutid nunca: repetid vuestra tesis», pocas veces habrá sido aplicada con más rigor que por Wells en esta ocasión. Me divierte tanto más cuanto que cuando conocí a Stalin, la primerísima cosa que advertí en él fué que era un hombre que sabía escuchar como pocos. No he visto nunca a un hombre que hable tan bien y que, sin embargo, muestre tan poca prisa en hablar como Stalin. Wells es un excelente conversador; pero es el hombre del mundo que peor escucha. Es una suerte que así sea; pues su visión es tan amplia y tan segura de sí, que la más leve contradicción despierta en él una furia ciega que se descarga en impaciencia desdenosa y elocuencia vituperativa. Y ante ello es muy posible que Stalin no fuera tan indulgente como los amigos más íntimos de Wells aquí en su tierra.

Stalin le ofreció una salida. Le dijo:

«¿Qué pueden hacer [los Clissolds], aun animados de las mejores intenciones, si no son capaces de plantearse la cuestión de la toma del Poder y si no tienen en las manos ese Poder? Todo lo más podrán cooperar con la nueva clase que tome el Poder; pero por sí solos no podrán cambiar el universo. Esa es la tarea de una clase fuerte que aniquile a la clase capitalista, y que a su vez se erija en dueña absoluta. Y esa clase es la clase obrera. La intelectualidad técnica [los Clissolds, ya se entiende] no puede desempeñar un papel histórico independiente. La transformación del mundo constituye un proceso largo, complicado y doloroso. Tamaño propósito exige los esfuerzos de una clase que imponga respeto.»

Es curioso observar hasta qué punto se parece esto a cuando Gladstone o Bright hacían gestos respetuosos ante el altar de ese ídolo del siglo XIX, que se llama la Opinión Pública. Wells pudo haber recordado a Stalin que los bolcheviques consiguieron la victoria por el concurso de la gran clase de los campesinos-soldados, que se empeñaron hasta el último instante en mantener la propiedad privada en su forma más extrema de propiedad campesina. Desde entonces Stalin y sus colegas no han abandonado un momento, a su vez, la gran tarea de exterminar esos campesinos y de sustituirlos por industrialistas cultos. Ya no es una paradoja decir que esa política cuenta con el apoyo entusiástico de sus víctimas más inteligentes, pues es difícil que haya un proletario inteligente en el mundo que no esté cordialmente de acuerdo con el principio de que, cuanto más diferente sea la suerte de su hijo de la suya propia, tanto mejor. Mas el jornalero ruso corriente, como

los demás jornaleros, tiene que aceptar lo que Stalin y su Gobierno estiman que le conviene, y la pregunta que Wells pudo haber hecho es ésta: ¿Es que los líderes bolcheviques no son los Clissolds de Rusia, y no tiene razón Wells cuando sus esperanzas de salvar a la sociedad las cifra en una conspiración de Clissolds, elegidos y nombrados por sí mismos? Y por otra parte, ¿no tiene también razón Stalin al afirmar que esos líderes han de ser hombres de vocación irresistible, convencidos de que el capitalismo es un robo organizado contra el proletariado, hombres resueltos a acabar con ello sin ninguna clase de miramientos, del mismo modo que se acaba con otras clases de bandolerismo, y en absoluto indiferentes a sus intereses inmediatos al perseguir tal objetivo? En esa descripción puede reconocerse fácilmente a Lenin y a Stalin, pero no a Clissold, ni a Rockefeller, ni a Ford.

De todos modos, sean nuestros libertadores apóstoles o bien *parvenus* enérgicos, no se puede negar la premisa de Stalin de que no podrán transformar el mundo hasta que logren el poder político. Y también que, como no tengan un ideal comunista por el cual sientan más interés que por cualquier propio provecho personal, emplearán su poder en racionalizar el capitalismo, en vez de destruirlo. Wells no teme esto, porque cree que el capitalismo no es un sistema, sino un caos. Nunca cometió error más craso. El capitalismo, en teoría, sobre el papel, es de todas las utopías la más sistemática y cabalmente razonada. Fué su carácter completo y lógico, como plan capaz de obtener un rendimiento social óptimo de la institución de la propiedad privada, lo que hizo que pensadores humanitarios como De Quincey, Austin, Macaulay y los Utilitarios se reconciliaran con él, aun presenciando plenamente sus horrores actuales y los previsibles, antes de que el Socialismo pudiera concebirse como fuerza política. El sistema capitalista, como tal sistema, sigue enseñándose como norma básica en nuestras Universidades, y por lo tanto nos sigue amenazando la horrible posibilidad de que Wells llegue a estudiarlo algún día, y se pierda para el Socialismo tan completamente como Asquith o el deán Inge. El problema está realmente planteado entre la propiedad privada, con su distribución automática a base de privilegios, y la propiedad pública, con una distribución igualitaria deliberadamente impuesta. Clissold no sirve para el Socialismo mientras eluda este problema. De William Morris dijo Wells que era un poeta y un decorador. Esa no es la significación que William Morris tiene para nosotros; los poe-

tas y los decoradores abundan por ahí. La significación característica de Morris fué su opinión, libremente expresada, de que los capitalistas ociosos son unos «ladrones infames» (1). Y para él el adjetivo infame era algo más que una mera decoración. Se echa de menos este matiz en Clissold; sin embargo, es el lema constante del Socialismo.

En esta reseña de la colisión entre Stalin y Wells, entre una fuerza irresistible y un obstáculo incommovible, echamos de menos la descripción de Stalin por Wells y la opinión que aquél le merece a éste (2). Asimismo anhelamos una descripción de Wells por Stalin y la opinión suya acerca de su interlocutor. Wells posee un verdadero genio para tales descripciones; pero Stalin también maneja una pluma mordaz, y en una polémica sabe meter en cintura a sus adversarios con la misma eficacia que ha metido a los *kulaks*. Quizá nos sea dado gozar de ambos deleites algún día.

Mientras tanto, demos gracias a la Providencia por el hecho de que no hayan llegado a las manos con motivo de sus diferencias de opinión. Stalin desterró a Trotski y se ha convertido en el Máximo Pontífice de la nueva Iglesia rusocatólica del Comunismo por dos razones. En primer lugar, es un estadista nacionalista práctico, y reconoce que Rusia ya es bastante grande para unos gobernantes que no pasan de ser simples mortales, sin que tengan que abarcar además el resto del mundo. (Wells no se conforma con nada menos que un Estado Mundial.) En segundo lugar, Stalin, inflexible en cuanto a su objetivo final, es un completo oportunista en cuanto a los medios para alcanzarlo. Así se lo expone a Wells en dos frases memorables: «Yo no soy partidario del orden por el orden, o sea de cualquier clase de orden. No; soy partidario del orden que corresponde a los intereses de la clase obrera.» Es evidente que Stalin es un hombre capaz de actuar; incluso, si ello es necesario, de apartar a Trotski y a la revolución mundial del orden del día. A Wells y a su

(1) La expresión literalmente empleada por Morris fué *darnned thieves*. Pero el epíteto *darnned* tiene en el uso corriente acepción que, desde luego, le dió William Morris y recalca aquí G. B. Shaw, un sentido harto más fuerte y peyorativo que su traducción literal «condenado». Corresponde más bien al que hemos estampado más arriba. (Nota del traductor.)

(2) Esta omisión queda subsanada en el segundo tomo de la interesantísima autobiografía de Wells. Ahí paga hermoso tributo a la rectitud y a la gran simpatía de Stalin, pero le ciega su fobia antimarxista en cuanto a la vigorosa inteligencia de Stalin y a su comprensión realista de la situación histórica.—G. B. S.

Estado Mundial sin revolución, los borra asimismo del programa por ahora.

Me parece una lástima que Wells dejara a Stalin alguna duda acerca de si es un amigo o un enemigo de la nueva Rusia. El miércoles de la semana pasada, Mr. Chesterton, hablando por radio desde Portland Place, censuró elocuentemente a Edmund Burke por la manera cómo se desmoronó su liberalismo al ser puesto a prueba por la Revolución francesa, y en cambio elogió a Fox por haberse quedado al pie del cañón. Y en la mismísima frase Mr. Chesterton se desplomó repentinamente en los brazos de la duquesa de Atholl (hablo en sentido figurado), cual una montaña sobre el pecho de una margarita, al describir, del modo más gratuito, el bolchevismo como «la explotación ilimitada del trabajo».

Ahora bien: cuando un comentador tan intrépido como Chesterton, que como partidario de la distribución de la riqueza pretende situarse a la izquierda del Comunismo, es capaz de rivalizar con el mismo Burke y aun rebasarlo de tal modo, ¿en quién podrá Stalin tener confianza en Inglaterra? Durante mucho tiempo se rieron de mí en Rusia, considerándome como «un buen hombre caído entre los fabianos»; mas los dos viejos hiperfabianos, Webb y Shaw, nos hemos quedado al pie de nuestro cañón, como Fox, mientras que los socialistas sentimentales huían de Stalin en todas direcciones, chillando, como San Pedro: «¡No conozco a ese hombre!» Stalin es casi *persona grata* en el Ministerio británico de Negocios Extranjeros, como nuestro único baluarte contra el imperialismo japonés, mientras que nuestras sociedades y partidos que se dicen abiertamente socialistas ayudan ciegamente a la chusma capitalista que está intentando exportar nuestros dineros, harto escasos ya, para lograr su parte en la explotación del Manchukuo y de China. Y esto lo hacen por despecho contra el Comunismo. ¡Bonito juego!

El señor Wells, desdeñando olímpicamente la existencia del Comité de la Sociedad de Naciones para la Cooperación Intelectual, así como todas las Internacionales: Primera, Segunda y Tercera, ofrece a Rusia el P. E. N. Club como sustitutivo. La oferta ha dejado a Rusia muda por el asombro. Yo, que pertenezco a ese Club, siento una fuerte tentación de poner a prueba su cultura política proponiendo que invitemos a Stalin a la próxima cena del Club.

J. M. KEYNES CONTESTA A G. B. SHAW

¿Cuál es la diferencia entre Shaw y Wells? La misma diferencia que existe entre el clero y los hombres de ciencia. Shaw cree que él y nosotros *sabemos* todo lo que hay que saber, y que tan sólo nuestra maldad se interpone entre nosotros y aquello que debería ser. Da por descontado nuestro conocimiento, y considera nuestros sentimientos, nuestras pasiones, como el elemento variable en el sistema. Pero Wells da por descontados nuestros sentimientos y considera nuestros conocimientos como lo variable. En su opinión, será un cambio en nuestros conocimientos lo que habrá de operar la transformación. Wells es un buscador, un investigador. Pero Shaw ha llegado a ser tan dogmático, que apenas si se diferencia su entusiasmo según se trate de Stalin o de Mussolini. Hasta tomaría la defensa del Papa (según vemos en su *Santa Juana*) si no fuera Su Santidad tan suave y tolerante.

De ahí nace la interpretación falsa, brillantemente maligna, que ofrece Shaw de la atmósfera en que se desarrolló la entrevista de Wells con Stalin. La descripción que yo haría de esa entrevista es la de un hombre que lucha con un gramófono. La reproducción es excelente, el disco es perfecto. Y ahí tenemos al pobre Wells haciéndose la ilusión de que le va a ser posible convencer a la aguja y apartarla del disco, para oír a éste—vana esperanza—hablar en tonos humanos. Shaw se burla de las pequeñas simulaciones de Wells, en las que éste se muestra patéticamente consciente de que es preciso ser cortés con quien le recibe a uno, incluso cuando se trata de un gramófono. Reprocha a Wells el no saber escuchar. Mas, en realidad, la flaqueza de Wells es que no puede aguantar los gramófonos. Está disfrutando de la más interesante entrevista de su vida, y se aburre hasta lo indecible. Lucha desesperadamente. Trata de convencer, de engatusar, torpemente. Pero no le sirve de nada. Hasta el fin la reproducción es excelente y el disco perfecto.

Escribe Shaw que Wells «no fué a ver a Stalin para aprender algo de él, sino para darle una lección». Nada menos cierto. Muy al contrario. Lo que le pasa a Wells es que todavía no ha encontrado jamás una enseñanza que pudiera brindar satisfactoriamente. No tiene nada que ofrecer a Stalin. He aquí lo que Stalin pudo haberle hecho observar, si los gramófonos tuviesen oídos.

Pido a Shaw y a Stalin que admitan la posibilidad de que, por simple reflexión de la inteligencia, se puede contribuir en al-

guna forma a la solución del problema, y que admitan también la posibilidad de que su tradicional interpretación no se halla de acuerdo con los hechos actuales. Shaw habla del «sistema básico» que los economistas «enseñan aún como norma en nuestras Universidades», y de cómo «fué su carácter completo y lógico...», lo que hizo que pensadores humanitarios como De Quincey, Austin, Macaulay y los Utilitarios se reconciliaran con él, aun presenciando plenamente sus horrores actuales y los previsibles». Me agrada este párrafo: está excelentemente dicho. Pero Shaw olvida que él y Stalin se hallan bajo el señorío intelectual de ese sistema básico tan completamente como Asquith y el deán Inge. El sistema dió nacimiento a dos familias: la de aquellos que lo consideraban cierto e inevitable y la de los que lo consideraron cierto e intolerable. No hubo una tercera escuela sobre esta materia en el siglo décimonono. Sin embargo, queda una tercera posibilidad: la de que el sistema no sea cierto. Es ésta una idea sumamente demoledora para los dogmáticos—nadie habría de molestar más que a Stalin—, pero en extremo regocijante para los hombres de ciencia.

Es esta tercera alternativa la que ha de permitirnos encontrar una salida. El sistema básico está fundado en un error intelectual. El disipar este error y sustituirlo con una teoría económica más exacta, tan manifestamente aplicable a nuestros problemas como la teoría eléctrica es aplicable a los problemas prácticos del electricista, modificará nuestros puntos de vista de una manera mucho más amplia de lo que prevén todavía Shaw y Stalin. Nuestra tarea más urgente es la elaboración de un nuevo sistema básico, merced al cual los economistas se justifiquen al tomar asiento al lado de los demás hombres de ciencia. Las dotes peculiares de imaginación que Wells posee estriban en comprender de un modo creador las posibilidades y consecuencias últimas de los datos que le suministran los hombres de ciencia contemporáneos. Es a un tiempo un soñador social y político—o cuando menos ha llegado a serlo a medida que avanza en edad—, mucho más que un soñador técnico o matemático; de la escuela de Platón, no de la de Pitágoras o de Arquímedes. La desdicha de Wells ha sido el pertenecer a una generación a la que sus economistas no le han brindado nada nuevo. No le han dado base alguna desde la cual su imaginación pudiera lanzarse. Pero, a pesar de ello, Wells tiene conciencia plena, y con razón, de que su mente se aloja en lo por venir, mientras que la de Shaw y la de Stalin permanecen en lo pasado.

No es sólo que la vieja teoría esté equivocada. Es que las cosas cambian en el mundo. Shaw y Stalin se dan todavía por satisfechos con el cuadro del mundo capitalista que trazara Marx; cuadro que tenía mucha verosimilitud en su tiempo, pero que está tan cambiado, que no es posible reconocerlo—dado el rápido fluir del mundo moderno—tres cuartos de siglo después. Ellos miran hacia atrás, hacia lo que fué el capitalismo, no hacia adelante, hacia lo que está en trance de llegar a ser. Es el sino de los que dogmatizan en la esfera social y económica, en que la evolución se realiza a un ritmo vertiginoso de una forma de sociedad a otra. En la segunda mitad del siglo XIX era plausible decir que los capitalistas—entendiéndose por ello los caudillos de la City y los capitanes de industria—tenían el Poder en sus manos. Era plausible decir que la organización económica de la sociedad, pese a sus faltas evidentes, convenía en su conjunto a esos hombres, y que, mientras detentasen el Poder, se opondrían con éxito a los cambios importantes que trataran de implantar otros elementos. Tampoco era fácil en 1870 prever cómo el Poder podría pasar de sus manos a otras por un proceso pacífico y evolutivo. Es cierto que, por espacio de una generación después de esa fecha, su poder efectivo siguió aumentando, principalmente a expensas del régimen aristocrático de los grandes terratenientes, que había precedido a aquellos. La reina Victoria murió siendo monarca del imperio más capitalista sobre el cual el sol se haya puesto (o no se haya puesto) jamás.

Si Shaw hubiera seguido leyendo los periódicos desde la muerte de la reina Victoria, sabría que una serie completa de acontecimientos ha destruido aquella forma de sociedad. Una de las causas principales pudiera ser una especie de ley natural, con arreglo a la cual los gigantes de la selva no tienen sucesores inmediatos. Los caudillos de la City y los capitalistas de industria fueron unos chicos imponentes en el apogeo de su gloria, y con el tiempo se convirtieron en unos viejos tremendos, cuya visión quedaba un tanto borrosa, pero cuya tenacidad y potencia de voluntad permanecían indomitas. Los retoños de la misma simiente no podían sobrevivir a su sombra. Cuando los gigantes se desplomaron con el correr de los años, se vió que abajo, en la selva, estaba creciendo otra clase de árbol. Y han ocurrido otras muchas cosas. El capitalista ha perdido la fuente de que manaba su fuerza interna: su seguridad, su confianza en sí mismo, su voluntad indomable, su creencia en su propia perfección y en su valor indiscu-

tible para la sociedad. Bien saben los dioses que es hoy un ser desamparado. En el mejor de los casos, un Clissold patético, lleno de buenas intenciones. El primer lord Revelstoke, el primer lord Rothschild, el primer lord Goschen, sir Lothian Bell, sir Ernest Cassel, los banqueros particulares, las familias navieras, los príncipes del comercio, los contratistas que abarcaban el mundo entero, los barones, hijos de sus propias obras, de Birmingham, de Manchester, de Liverpool y de Glasgow, ¿dónde están ahora? Ya no quedan tales seres en la Tierra. Sus recaderos (empleados) gobiernan hoy en sus mausoleos.

De este modo, por un motivo u otro, el tiempo, las Compañías Anónimas y los funcionarios del Estado han traído, silenciosamente, la clase asalariada al Poder. No es todavía un Proletariado. Pero sí, desde luego, un Salarinado. Y hay en ello una gran diferencia. Además, el siglo XIX, con todos sus horrores, les convenía a los hombres que se hallaban en el Poder. Les agradaba. Bien podía decir Marx que nada sería capaz de derribar a esos Houyhnhnms (1), como no fuera organizando a las miríadas de liliputienses y armándolos con flechas envenenadas. Pero el caos de hoy no conviene a nadie. El problema, hoy, consiste en buscar buen consejo, y luego convencer a los bienintencionados de que el consejo es bueno. En cuanto Wells consiga descubrir lo que se necesita, el público se lo ha de ingurgitar a grandes tragos, y el Salarinado más aprisa que el Proletariado. No existe resistencia en masa contra una nueva dirección. El peligro es de índole opuesta: el de que la sociedad, en su perplejidad y descontento, se lance a algo peor. La revolución, como Wells lo dice, es anacrónica. Porque una revolución va contra el poder personal. En Inglaterra hoy nadie tiene poder personal.

Con todo, que se consuele Stalin. Después de todo lo que acabo de exponer, no he tocado el punto que constituye la verdadera fuerza del Comunismo. En la superficie, el Comunismo sobrestima enormemente el significado del problema económico. Este no es tan difícil de resolver. Si lo dejan a mi cargo, me ocuparé de resolverlo. Pero cuando lo haya resuelto no recibiré, ni mereceré, mucha gratitud. Porque lo único que habré hecho será revelar que el verdadero problema, oculto tras de aquél, es muy distinto, y que se halla más lejos que nunca de su solución. En lo hondo, el Comunismo saca su fuerza de fuentes más profundas y más serias. Si

nos lo presentan como medio de mejorar la situación económica, constituye un insulto a nuestra inteligencia. Pero si nos lo ofrecen como medio para empeorar la situación económica, entonces posee un atractivo sutil y casi irresistible.

El Comunismo no es una reacción contra el fracaso del siglo XIX en organizar una producción económica óptima. Es una reacción contra su éxito relativo. Es una protesta contra la oquedad del bienestar económico, un llamamiento al elemento ascético que existe en todos nosotros para la creación de otros valores. Es el clérigo que hay en Wells—al que el hombre de ciencia está muy lejos de haber extinguido—, quien le lleva a Moscú para dar un vistazo a las cosas de allá. Es Shaw, el viejo cura más noble del mundo, y el menos científico, quien sale en defensa de la buena causa: la de poner al economista en su sitio, por debajo del suelo. La juventud idealista juega con el comunismo porque es el único llamamiento espiritual que le parece contemporáneo; pero la Economía comunista le aburre y le molesta. Cuando los estudiantes de Cambridge hacen su inevitable viaje a Bolchevikilandia, ¿acaso les desilusiona encontrarlo todo terriblemente desprovisto de comodidades? Claro que no. Eso es lo que están buscando.

De suerte que tributo mi respetuoso homenaje a nuestros dos grandes viejos maestros de escuela, a ambos, a Shaw y a Wells, a cuyas clases la mayor parte de nosotros ha asistido toda su vida: nuestro maestro de teología y nuestro maestro en cosas desagradables. ¡Ojalá hubiéramos tenido además un tercero, igual a ellos en su especialidad, para enseñarnos las humanidades y las artes!

H. G. WELLS REPLICA

Se me ha preguntado si tenía algo que añadir a esta discusión en torno a mi conversación con Stalin, y si quería replicar a Bernard Shaw. Mas ¿quién podría contestar a Bernard Shaw? Ha adquirido, por costumbre y por prescripción, el privilegio femenino de lanzar sin freno asertos incoherentes. Fluye el torrente de interpretaciones caprichosas y desfiguradas y de hábiles insinuaciones; uno se encoge de hombros. Soy Clissold, soy Ponderevo, soy cualquiera cosa menos yo mismo; soy mezquino, soy vanidoso: no soy un caballero. Si eso a Bernard Shaw le ha de hacer más feliz, que así sea. Lo ha dicho una y otra vez, de hermosa manera. Y afirma también que cambio de parecer y voy dando volteretas, que soy un cobarde transfuga y un contemporizador, al servicio

(1). Caballos descritos en los «Viajes de Gulliver», de Swift.—N. de la R.

de lo que impere en el momento—¡y quién sabe si no ha logrado creer hasta eso!—. Pero ¿por qué repite todos esos tópicos acerca de mi personalidad cuando había otras cosas mejores que comentar? Tuve una conversación con Stalin; y también tuvieron otra Shaw y lady Astor, pero no conozco ninguna reseña oficial de este otro encuentro. Sólo he oído las observaciones de Stalin acerca de él, y no estoy autorizado a publicarlas; no puedo siquiera establecer una comparación y trazar el cuadro inverso. ¿Es que fraternizaron los tres sobre la idea de la lucha de clases? Así lo barrunto. ¿Escuchó Shaw? El dice que yo no escuché lo que me decía Stalin. Pero ¿es que cree alguien que Shaw fuera capaz de escuchar lo que Stalin le decía a él? ¿Le dejó a Stalin colocar alguna palabra? En torno a aquella conversación ha mantenido Shaw un silencio extraño a sus costumbres.

La mofa depreciativa que Shaw hace del P. E. N. Club de Galsworthy se me antoja un tanto depravada. El P. E. N. Club es una organización pequeña, ambiciosa, que apenas si llega a ser cuatro veces más numerosa, solvente y renombrada de lo que era la Sociedad Fabiana hace treinta años. Pero no presume de lo que no tiene, y lucha por la libertad de expresión, y me alegro de haber podido serle útil después de muerto Galsworthy. No quiero defender al P. E. N. No quiero defenderme tampoco contra ninguna de estas cosas. A lo sumo aludiré únicamente a mi curiosidad por saber qué es lo que se imagina Shaw que fueron esos maravillosos «cañones», a cuyo pie «se quedaron» tan valientemente él y Webb en aquellos famosos tiempos de Clifford's Inn. Parece que esos cañones siguen retumbando victoriosamente en su vieja y querida cabeza. Hasta el punto de apagar por completo el menor rumor de cuanto está aconteciendo en torno suyo.

Desde luego, yo no considero mi vida mental como una cuestión de «quedarme al pie del cañón». Me parecería igual a empantanarme en el lodo tercamente (1). Mas sí estimo que en esa mi vida mental he seguido persistentemente una misma senda. Nunca consideré el fabianismo ni su antagonista insurreccional, el marxismo—a los que, según parece, Shaw se tragaba simultáneamente en aquellos gloriosos tiempos pretéritos del fabianismo—, como la culminación de la sabiduría humana. He evolucionado con mis tiempos. Desde que empecé a exponer las

ideas que en mí fermentaban, en *Anticipaciones* y *El alimento de los dioses*, he seguido desarrollando constante y progresivamente mi concepción de un grupo fundamental de hechos contemporáneos: el cambio de escala y de alcance en las condiciones humanas, la sustitución de los trabajos rudos y penosos y las modificaciones necesarias en las ideas, costumbres e instituciones que pueden y deben seguir como consecuencia de todo ello. Shaw se ha quedado tan valientemente al pie de ese «cañón» suyo, que, a pesar de los esfuerzos educativos sinceros, afectuosos y llenos de respeto que he descrito en mi *Autobiografía*, él no se ha dado nunca cuenta, ni siquiera de la manera más elemental, de lo que significa ese cambio de escala. No entiende en absoluto esas cosas, y temo que ya no las entienda nunca. Es posible que yo, como él dice, me sienta poco dispuesto a escuchar lo que ya he oído antes; mas por todo cuanto atañe a los fines intelectuales, su egotismo susceptible y defensivo y su tendencia a dramatizar levantan un clamor tan grande, que él se ha quedado prácticamente sordo como una tapia.

Ese concepto del cambio de escala como realidad de primaria importancia en los asuntos contemporáneos es tan amplio y fructífero en sus direcciones, que a su lado esa mezcolanza rara de apetitos, suspicacias, envidias, temores, odios y errores, que todo junto constituye la idea de la lucha de clases, parece tan grotescamente anacrónica, en cuanto sistema de motivación, como el miedo a la brujería, que también este último impulsó en su tiempo a grandes masas de seres humanos hacia la violencia bienintencionada y la atroz injusticia. Hasta el propio Stalin tiene que realizar un esfuerzo considerable para aferrarse a esa idea, *ex officio*; y por fines tácticos Shaw la profesa porque es absolutamente incapaz de comprender por qué no debería hacer cosas de esa índole. Todos hacemos, unos más, otros menos, cosas de esa índole, y ¡qué lástima es! En verdad no puedo creerle ignorante del hecho de que se viene evaporando, de modo constante, la ilusión representada por la lucha de clases. El espíritu humano, tan superior a las personalidades que impulsa, evoluciona hacia realizaciones creativas de la categoría más amplia, y esta herencia pendenciera de las edades de escasez queda reducida a algo sin importancia, incluso allí donde se extiende todavía. El darse cuenta de la inspiración que hay en las posibilidades humanas, el comprender las promesas gigantescas que se están abriendo camino a través de las confusiones de la realidad contemporánea, da a estas pequeñas tentativas de luci-

(1) Juego de palabras intraducible con las expresiones «stick to his guns», «stick in the mud», etcétera. (Nota del traductor.)

miento, a nuestros intentos de ridiculizar y empequeñecernos mutuamente, el aire de algo lastimoso. Y son, en efecto, algo lastimoso.

¡Qué seres más mezquinos habremos de parecer a los ojos de las generaciones venideras! Aquí nos tienen, a Shaw y a mí, cercano ya el fin de nuestras vidas, y sin encontrar nada mejor que hacernos sino esto: zarandearnos el uno al otro. Es ridículo sentir el afán de rivalidad y de comparaciones personales pasados los sesenta y cinco años. Es evidente que alborea un nuevo modo de vida para nuestra especie. Una multitud de gente lo está vislumbrando confusamente, y dentro de poco grandes multitudes lo vislumbrarán con toda claridad. Es una posibilidad hoy; mañana será un objetivo manifiesto. Son miles los que están cooperando en ello, y nadie puede ir danzando delante y gritar: «¡Este movimiento es mío!» Cegados por las tradiciones, los convencionalismos, celos, patriotismos, prejuicios, la malicia autoprotectora y el amor propio, nosotros, los de la generación que se va, marchamos a tientas hacia ello, casi sin querer. El ataque de Shaw contra mí y mi propio resentimiento mal reprimido me han llevado a pensar, con cierto desasosiego, si no es que ha llegado ya la hora de irnos. Acaso estén haciendo los jóvenes, con recato, más de lo que nos agrada imaginarnos.

Y, sin embargo, tengo la sensación de que más vale que me quede todavía un poco, aunque no fuera más que para decirle, a la salida, a este triste dogma de la lucha de clases: «¡Usted primero!»

G. B. SHAW CONTINUA

¡Orden, señores, orden, por favor! ¡No echen en olvido sus buenos modales internacionales!

Cuando me pidió el director de *The New Statesman and Nation* que escribiera un comentario a la reseña de la entrevista entre Wells y Stalin, me di perfecta cuenta de que no me pedía que «atacara» a Wells. Se trataba de un acto público, hasta diré que de un acto europeo; pues ambos interlocutores poseen una eminencia que coloca su entrevista completamente fuera de la atmósfera de las meras disputas domésticas y de la susceptibilidad idiosincrásica.

Exáminese la situación por un momento. Ahí está Rusia resolviendo todos los problemas que nosotros tratamos vanamente de eludir con el dinero de subsidios al paro, de ahuyentarlos con la fuerza de armamentos, de alejarlos mágicamente por medio de rezos en favor de un resurgimiento del co-

mercio. En el curso de la labor hecha para resolver dichos problemas se han realizado descubrimientos políticos, en ciencia política aplicada, de un interés enorme y de una capital importancia. Séame permitido citar los dos principales.

En primer lugar, los estadistas rusos han descubierto que en un país realmente libre —es decir, un país que pertenece a su propio pueblo, y en el cual un grupo cualquiera de hombres capaces e inspirados por el espíritu del bien común puede organizar cualquier servicio público que les plazca, sin tener que recurrir al Parlamento pidiendo leyes especiales, y sin tener que pagar sumas monstruosas a terratenientes y abogados—la forma en que la gente responde a esa libertad es hasta tal punto mayor de lo que pudo concebirse sin una demostración práctica, que Rusia ha podido efectuar en diez años transformaciones sociales que bajo nuestro sistema hubiesen exigido un siglo, si es que el simple hecho de proponerlas no hubiera determinado la reclusión inmediata en un manicomio para los autores de semejante proposición. Es esta revelación de las reservas de capacidad organizadora y administrativa contenidas en las masas lo que ha impresionado a Stalin tan hondamente, como demostración de que el «pueblo» es indispensable en cuanto fuerza política. Lord Passfield, *ci-devant* Sidney Webb, que es tal vez el investigador más científico de la democracia industrial entre los que hoy viven, puso la mano inmediatamente en este descubrimiento, y no tardará en hablarnos de ello con la extensión debida.

El segundo descubrimiento fué éste: cómo, bajo esas mismas condiciones de libertad antes citadas, se va elaborando una Constitución, desde los mismos cimientos hasta su remate, al salir del caos político. En un prefacio reciente he mostrado que el Comunismo no produce ni una dictadura tosca, ni un Comité, no menos tosco, de Salud Pública que emplease la guillotina ciega y desesperadamente, hasta que el verdugo se declare en huelga por agotamiento; sino un clero democrático, seleccionado por propia vocación, que organiza una Iglesia Militante democrática con su Inquisición, unidas por una fe común y por sus votos de pobreza y castidad. Para expresarme en términos wellsonianos, produce los Samurai que anhelaba mister Wells, en una época en que liberales y radicales se estaban narcotizando todavía con sueños amorfos de gobierno del pueblo para el pueblo y por el pueblo. Rusia ha creado el gobierno del pueblo para el pueblo, por hombres y mujeres a quienes les interesa lo bastante la condición en que vive

el pueblo para que se dediquen a esa labor por la labor misma, a través de una jerarquía que es democrática en su base y voluntaria de arriba abajo. Rusia ha realizado el ensueño de Mr. Wells, sacándolo del país de los sueños y llevándolo a la realidad para que el mundo entero lo vea y lo imite.

Tomemos al propio Stalin. No es «ni duque ni señor», ni rey ni canceller, ni dictador ni primer ministro, ni arzobispo ni objeto de unos saludos impuestos por muchos vestidos con camisas de color, sino simplemente secretario del órgano supremo de control de la jerarquía, sujeto a ser despedido con cinco minutos de previo aviso si no cumple su mandato a satisfacción. Ha logrado ese puesto por la ley de supervivencia del más apto, y lo ha desempeñado durante años entre las más espantosas vicisitudes que rodearon jamás el doloroso parto de una nueva civilización. Es un estadista que posee una experiencia extraordinaria, única, comparados con el cual los gobernantes de las potencias occidentales—agarrados a un sistema automático y nefando, pertrechados con un surtido de frases vacuas, de historias ficticias y de rutinas trasnochadas—parecen hileras de muñecos destartados en un viejo museo de figuras de cera. El privilegio de celebrar una entrevista con Stalin es un honor y una oportunidad, de los que puede enorgullecerse hasta el más eminente filósofo social.

Ese privilegio fué concedido, muy merecidamente, a Wells. ¿Y de qué le sirvió a nuestro Wells? Entró trotoando en el Kremlin y vino a decir, en sustancia, esto: «Señor Stalin, usted es una medianía, con una cabeza también de segundo orden, llena de esa tontería que llaman la lucha de clases, a la que mis amigos del P. E. N. Club no prestarían ni un momento de atención. Ahora escúcheme a mí, que le voy a explicar las enormes posibilidades del Mundo de William Clissold, etc., etc., etc.»

Y yo le pregunto a Wells si se va a quedar en eso. Es inútil que proteste diciendo, con toda sinceridad, que no fué así, que él nunca tuvo la intención de que fuera así, y que yo soy todo lo embustero y todo lo *snob* y todo lo difamador que pueda llamarme su elocuente pluma. Porque esa paráfrasis mía es precisamente lo que vino a ser, en resumen, la entrevista, y lo que habrá de parecerle a cualquiera que la lea, salvo a H. G. Wells. Es también lo que habrá de parecerle a Stalin; pues Stalin, aun cuando ha demostrado que reconoce en Wells a un hombre genial, y como a tal le ha rendido el tributo más alto que estuviera en su poder, no es fácil que sepa lo que todos sabemos en

Inglaterra, o sea: que Wells se parece a Carlos Marx en que se niega a tolerar la existencia «de cualquier otro guijarro en la playa». Wells puede desarmar la crítica en su país admitiendo plenamente sus propias flaquezas, haciéndonos reír a todos con ellas, con lo que luego le seguimos estimando lo mismo. Pero ésta es una ocasión en que no cabe valerse de la intimidad británica; y, francamente, más valiera que presentara sus excusas a Stalin y que luego se vengara sobre mí hasta la saciedad.

Es éste un momento en que ha llegado la hora de tomar decididamente la delantera, entre los de habla inglesa, y tener la común decencia diplomática de tratar a Stalin con la consideración más distinguida. Si hay alguien en el Ministerio británico de Negocios Extranjeros que posea la menor previsión y tenga la más leve idea de la situación en el Extremo Oriente, el próximo viaje del príncipe de Gales será para ir a la U. R. S. S. El príncipe sabrá comportarse debidamente, cualesquiera que sean sus opiniones particulares. Lord Lothian y lord y lady Astor, por no hablar de mí mismo, supimos comportarnos irreprochablemente; tratamos a Stalin del mismo modo que hubiésemos tratado al emperador de una potencia amiga, y desempeñó su papel magníficamente. Wells hubiera debido dejar tras de sí las modestas irresponsabilidades de Atlas House (1) cuando estaba visitando el Atlas.

Le vuelvo a repetir mi llamamiento para que aclare, en unas palabras finales, que aprecia realmente las magnitudes representadas hoy día por las palabras Rusia y Stalin.

Por lo que respecta a Maynard Keynes, confieso que me hizo reír llamando a Stalin «gramófono». A Stalin le dará lo mismo; todos somos gramófonos cuando se trata de la tabla de multiplicar, y Mr. Keynes sabe bien qué gramófonos más horripilantes son nuestras Universidades, con sus discos desgastados y trasnochados. En cuanto al reproche que se me hace de no ser «científico» (un vocablo que en su sentido personal emplean ahora principalmente los boxeadores), no pasaré con ello a la posteridad. El Hombre Científico Perfecto es aquel que resulta tener razón siempre, cualesquiera que sean sus métodos. No existe y no existirá nunca. Faltándonos ése, el hombre más científico es aquel que resulta tener razón el mayor número de veces.

(1) Presumimos que es el edificio de Londres donde está instalado el P. E. N. Club. (Nota de la Redacción.)

La democracia en Rusia

Molotoff, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, ha anunciado en un discurso el propósito del Gobierno soviético de instaurar un régimen democrático en Rusia: sufragio universal, directo y secreto. Se substituirá, pues, con esa reforma el régimen de plenos poderes que hasta ahora ha estado en manos del partido comunista.

No se ha fijado plazo para introducir tan importante reforma, aunque se supone que aún se tardará algún tiempo; pero el simple anuncio ha bastado para que la prensa ultraburguesa se haya derretido en alborozo, creyendo o fingiendo creer que la democracia en Rusia será el fin del comunismo y el comienzo de su aburguesamiento. «Son, por esencia, burguesas estas instituciones (las democráticas)—ha escrito *El Debate*, de Madrid, calificado exponente de esa falsa cultura que se enseña, y aún se enseña, pese a la ficticia disolución de la orden, en los colegios de jesuitas—; es, pues, evidente que, al democratizarse los Soviets, se aburguesan. No pronunciarán la palabra, porque a veces se teme más a las palabras que a las cosas. Pero la cosa es indudable.»

Esta es la típica lógica jesuítica, que quiere ser sutil en fuerza de sofística, y que siempre se queda en vana e inepta, buena sólo para ese público primario que lee la prensa católica y que, con tal de tragarse algo con su fe de carbonero, es capaz de comulgar cada mañana con ruedas de molino. El argumento, en efecto, no tiene vuelta de hoja. Es como si se dijera: la justicia es una institución burguesa (y nada más cierto en su actual expresión positiva: la justicia es una justicia de clases, como todo lo demás); los Soviets ejercen también la justicia; *ergo*, los Soviets se aburguesan. Así discurren esos innominados talentos, empujados más o menos directamente bajo el ala de la ciencia neotomista.

Pero el silogismo es falso. Tan falso como si dijéramos: la democracia es una institución burguesa; varios países, entre ellos Italia y Alemania, han dado un puntapié a la democracia; luego esos países han dejado de ser burgueses. No fuera malo. La verdad es esta otra: no la democracia, sino lo que se llama democracia es una institución burguesa; pero eso no es la democracia. Hay en ella, sí, elementos democráticos: algunos auténticos representantes del demos,

del pueblo, en los Parlamentos burgueses; pero el *poder político* no pertenece al pueblo, sino a las oligarquías económicas que representan a la alta burguesía.

Democracia verdadera no la ha habido nunca en la Historia hasta el presente. Lo que así se titula es una ficción. Pero ya ni la ficción conviene a sus empresarios oligárquicos. Falsa y todo, la democracia parlamentaria ha llegado a ser un estorbo para el alto capitalismo. A punto de quebrar, el capitalismo no puede sufrir la luz y los taquígrafos, es decir, la crítica del Parlamento. Necesita la mordaza y la sombra para que el Estado subvencione sus averiados negocios, para que el pueblo cargue con las pérdidas del capital, sometándose, sin poder protestar, a impuestos que le abrumen, al encarecimiento de la vida, a la merma de sus salarios y al aumento de sus jornadas de trabajo, todo ello a beneficio del capitalismo en bancarrota. Se piensa otra vez en la guerra—en el vasallaje económico de otros pueblos, en la conquista de colonias, en la expansión de los mercados a cañonazos—, y para prepararla y organizarla, convirtiendo casi toda la producción en industria bélica, está demás el Argos del Parlamento y de la prensa libre, y sobran las sociedades obreras independientes, que limitan la voracidad predatoria del capitalismo. La falsa democracia se desenmascara y tras el engañoso antifaz aparece lo que tras él ha habido siempre: el rostro de la dictadura burguesa. Ahora se llama fascismo y nacionalsocialismo.

La democracia no ha existido jamás. El ensayo que se va a hacer en Rusia es el primero que de verdad se intentará en la Historia humana. Por primera vez el capital no podrá corromper el sufragio, porque en aquel país no hay capitalistas. Nadie podrá comprar votos, porque allí no habrá candidatos ricos. No se pondrá al elector en el dilema de votar al cacique o ser despedido de la tierra o la fábrica donde trabaja, porque allí ningún particular es propietario de los instrumentos de producción. La prensa no podrá desatar violentas campañas de difamación, de pánico y de escándalo contra el adversario político, para servir a los partidos de la burguesía que la financian con sus caudales o la subvencionan con sus anuncios, porque allí no hay tal burguesía

corruptora ni prensa venal que doble lacayunamente el espinazo ante el interés privado.

La Iglesia no podrá convertir el púlpito en tribuna vengadora y terrorista, amenazando con el hambre y las penas de su recorrido infierno a los que no voten las candidaturas de sus partidos afines, porque allí la Iglesia no tiene partidos ni poder político y económico alguno. En el Parlamento soviético no habrá diputados a sueldo de las grandes empresas privadas, ni en el Gobierno ministros parlamentarios que trafiquen con permisos y concesiones de todo género, porque allí se ha suprimido el capital privado, fuente fangosa del cohecho. Allí no serán posibles los pactos *sceleris*—yo te dejo robar para que tú me dejes reprimir—, tan frecuentes en algunas mal llamadas democracias, porque el servicio a la comunidad los hace inútiles.

Allí el Ejército no será una amenaza pretoriana para el Parlamento, porque Parlamento y Ejército, como todas las institu-

ciones del Estado, sólo sirven al interés público. Allí la mentalidad del elector no habrá sido deformada por la escuela, por la Universidad, por la prensa, por la propaganda oral en el sentido de identificar la patria y el patriotismo, el orden y la sociedad con los que explotan todo eso en su provecho personal y contra el bien de la mayoría, porque allí no se puede explotar al hombre por el hombre.

Por primera vez en la Historia universal habrá unas elecciones y un Parlamento en que se discutirá y se votará sobre las formas más eficaces de servir al pueblo y no a una minoría de oligarcas y paniaguados suyos. Será la soviética una democracia perfecta, la primera y única que se ha conocido hasta ahora. Y si en sus comienzos aún no lo es, porque la perfección humana no se alcanza en un día ni en unos años, ese será el camino de que llegue a serlo. ¿Es esto aburguesarse? Pues que de ese modo se aburguese el mundo entero. Los verdaderos demócratas no deseamos otra cosa.

Libros y Revistas

Una encuesta literaria

ALMANAQUE LITERARIO, 1935.—Publicado por Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero y E. Salazar Chapela. Editorial Plutarco, Madrid. Precio: 15 pesetas.

Ni a los más curiosos les es fácil seguir al día la producción literaria y científica de España. Faltan publicaciones de carácter general que registren y critiquen el movimiento bibliográfico español, destacando las obras más importantes y señalando, por lo menos, la aparición hasta de las más raras o modestas. Modelos de ese linaje de publicaciones son el *Suplemento literario* de los *Times*, de Londres, que sale a luz semanalmente, y dos o tres que editan los grandes diarios norteamericanos. También en francés y en alemán se publican revistas donde la bibliografía ocupa un lugar preferente; pero su información suele ser parcial, dedicada exclusivamente a la literatura o a las especialidades científicas. En España carecemos también de estas fuentes de conocimiento. La prensa diaria inserta de vez en cuando secciones bibliográficas, por lo co-

mún poco extensas y con un criterio de selección caprichoso, que hacen punto menos que imposible tener una visión panorámica de la producción cultural española.

A corregir, en parte, estas deficiencias viene el *Almanaque literario 1935*, que tres jóvenes escritores editan como sipnosis de lo más señalado que se publicó en 1934 en España y en el Extranjero. Con la colaboración de otros escritores conocidos, contiene numerosas secciones, que tratan de la Novela, el Ensayo, la Crítica, la Poesía, el Teatro, los libros de Arte, los políticos, los de Educación y Pedagogía; un capítulo de Variedades, otro de Críticos literarios desaparecidos, otro del Año literario en el extranjero, otro del Año literario en Hispanoamérica, otro sobre la Literatura en provincias y otro sobre el Movimiento editorial, etc. En conjunto, un esfuerzo digno de loa, que merece ser alentado y continuado.

Recoge también las copiosas contestaciones a tres encuestas literarias. Transcribimos dos de la primera. A la pregunta: «¿Cree usted que la Literatura y el Arte de-

ben mantenerse al margen de las inquietudes sociales de nuestro tiempo?», han respondido el gran poeta Antonio Machado y Luis Araquistáin lo siguiente:

ANTONIO MACHADO: «Yo creo que, tanto en circunstancias adversas como en prósperas, el artista que ha de hacer su obra la hace. El logro de ella está por encima de lo material, lo superficial y lo externo. Como hombre, el artista participa en toda época del resultado de las contingencias que en su seno hierven, se encrespan y estallan. En España, por ejemplo, en estos momentos, las cuestiones políticas, y más concretamente las sociales, a todos nos atañen tan directamente, que es imposible librarse de que nos preocupen.

La política todo lo invade; en todos los rincones vibra. Política y cultura pocas veces han ido unidas en España. Habría que aconsejar a los artistas y a los intelectuales que se ocupasen menos de política y más de su arte o de las disciplinas que cultiven. Este consejo es difícil que sea atendido. A partir de la guerra mundial, una corriente de angustia conmueve los espíritus y confunde las mentes. Se ha apoderado del mundo entero una enorme desorientación.

No es afán de dirigir; es que la clase proletaria reclama sus derechos. Dirigir el mundo, sólo lo dirigen la cultura y la inteligencia, y tanto una como la otra no pueden ser un privilegio de casta. A muchos aterra el movimiento del proletariado, y hasta le consideran como una oleada de barbarie que puede anegar la cultura. Creen que ésta, que es injusto patrimonio de pocos, desaparecería al dar pleno acceso a ella a las masas. Lo que hay en el fondo del movimiento de las masas trabajadoras es la aspiración a la perfección por medio de la cultura. Hay quienes consideran ésta como un caudal que, repartido, desaparecería rápidamente. Gran error. El caudal de la cultura se multiplicaría por el goce de ella de las grandes masas. ¿Qué se logrará en cuanto la cultura deje de ser un privilegio de casta y las masas penetren en su zona de influencia? Pues lo que las masas busquen: no ser masas en el sentido que se da a este nombre, y lo conseguirían. Yo no soy marxista ni puedo creer, con el dogma marxista, que el elemento económico sea lo más importante de la vida; es éste un elemento importante, no el más importante; pero oponerse, avara y sórdidamente, a que las masas entren en el dominio de la cultura y de lo que en justicia les corresponde me parece un error que siempre dará funestos resultados. Que las masas entren en la cultura no creo que sea la degradación de la cultura, sino el crecimiento

de un núcleo mayor de hombres que aspiran a la espiritualidad. Pero, ¿cómo van a ser cultos esos bárbaros?, se oye decir. Esos bárbaros lo que quieren es no ser bárbaros. Todo lo que se defiende como un privilegio generalmente son valores muertos.»

LUIS ARAQUISTAIN: «La encuesta me parece mal formulada. No es que la literatura y el arte «deban» o no apartarse de las inquietudes sociales de nuestro tiempo. Es que no «pueden». El arte, y muy señaladamente la literatura, expresan siempre una actitud social, aunque el escritor y el artista no lo quieran y aunque la mayoría de las veces no se den cuenta. El arte puro, fuera o por encima de las luchas sociales o de clases, es sólo el sueño de los tontos o de los insensibles. El escritor, el pensador y el artista toman siempre partido en su obra por una clase u otra, por el pasado o por el porvenir, por el *statu quo* o por la revolución. Así ha ocurrido en todos los tiempos y así seguirá ocurriendo. Aristóteles ataca a Eurípides por antirreligioso, es decir, por revolucionario, y defiende a Esquilo por conservador. Toda obra de arte revela una actitud o una tendencia social, incluso aquellas que más parecen velarla, como la de Cervantes o la de Shakespeare. Frente a la España católica, representada por la mayoría de los escritores de los siglos XVI y XVII, especialmente los dramaturgos, Cervantes simboliza la Europa liberal de su tiempo, la Europa que había superado el catolicismo en el Renacimiento y la Reforma. Y Shakespeare representa el hombre libre de la Europa protestante, el hombre para quien no hay más autoridad ni más tribunal que su conciencia y sus impulsos vitales. Desgraciadamente—sobre todo para ellos—, la mayor parte de los artistas y los escritores se ponen al servicio de la clase dominante, en nuestro tiempo de la alta burguesía, como en otras épocas servían a la realeza, a la aristocracia y a la Iglesia. Esto no impide que aquellos que se titulan liberales se sientan «misericordiosos» con el proletariado y pidan para él estas o las otras «reformas», es decir, los relieves en el banquete del capitalismo; pero cuando la lucha de clases, que es el fondo permanente de la Historia pasada, entra en una fase aguda de violencia, en que se combate, no por tal o cual «mejora económica», sino por el «poder político», como ahora acontece en España y en muchos otros países, la mayoría de los «intelectuales», incluso los que profesaban un vago liberalismo, se pone de parte de la burguesía y de todos los poderes oligárquicos tradicionales. Véase, por ejemplo, lo sucedido con la auto-

cacareada generación del 98; casi todos esos hombres han acabado desempeñando oficios lacayunos en defensa del capitalismo, a veces en sus formas más toscas o criminales. A mí no me sorprende. De todas las categorías del pequeño burgués, el «intelectual» —con raras excepciones— es el más servil de los poderes constituidos, porque en él, al interés particular, vinculado a las clases dominantes, que son las mejores clientelas del arte, de la literatura, de la ciencia, del periodismo y del teatro, se une la vanidad personal, el ansia del aplauso inmediato. La *trahison des clercs* no es de un país ni de un momento histórico, sino de todos. La psicología dominante del «intelectual» es estar siempre con los vencedores. Cuando triunfe la revolución, todos serán revolucionarios en sus libros, en sus comedias, en sus artículos, en sus cátedras, en sus laboratorios científicos, en sus consultorios de médicos y abogados, porque la clientela habrá cambiado. Antes, no; antes serán contrarrevolucionarios; lo serán hasta los que, para engañarse o engañar a los demás, pretendan encerrarse en su torre de marfil, fingiendo una falsa neutralidad ante la guerra civil de clases. Pero no importa; no hay que enfadarse demasiado con esta *intelligentsia* acomodaticia y vanidosa. La Historia no depende de ellos. Son los turiferarios de la Historia hecha; pero no los creadores de Historia nueva. La Historia es obra de las masas profundas de la sociedad, cuando la literatura, la filosofía y el arte revolucionarios despiertan en ellas la conciencia de su destino de clases ascendentes.»

FILOSOFIA DE LA SOCIEDAD, por Othmar Spann. Editorial «Revista de Occidente», de Madrid.

Llamamos la atención sobre este libro, *Filosofía de la sociedad*, de Othmar Spann. Necesita ser comentado desde LEVIATAN precisamente. A nadie se le ocurra que esa necesidad la motiven los ataques del autor contra el marxismo; tal razón sería una vileza: aquí no se comentan los libros con resentimiento. Por lo tanto, lo nuestro no es la pasión, sino la intelección. El texto que sigue debe demostrarlo.

Vamos, pues, a escribir un comentario somero fijando el perfil de los principios que el libro reconoce como fundamentos teóricos. Que esos fundamentos comprometen

la estabilidad del resto del libro es una observación que cualquiera puede hacer. El que la comprometan es, por otra parte, cosa lógica. Por eso los citados fundamentos nos preocupan principalmente.

Podríamos decir ahora mismo que se trata de un libro confuso, equívoco, turbio; es algo muy extraño, que enerva y repele, en suma. Limitaríamos entonces, con tales características, nuestro comentario. Tenemos como preferible entrar en el libro mismo, poniendo al aire las líneas troncales de su esqueleto. La maniobra tiene verdadera emoción. Resulta que la obra es de un equívoco tan irritante, que su lectura pide, por decirlo así, el cumplimiento de una doble exigencia. Describámosla: por una parte, el lector necesita remover sus últimas evidencias personales acerca de la materia tratada por O. Spann, y de otra parte, aquel equívoco requiere ser reprimido con la mayor claridad por parte de las más radicales evidencias aludidas. Por eso la *Filosofía de la sociedad* es una buena lectura cuando se destina para ensayar una rectificación o ratificación de principios. Es un libro que no sirve sino para quien empieza o quien termina; quien esté a la mitad se extraviará con él, aunque le estime indiscutible.

Pero tal vez no puede hablarse en estos términos.

* * *

Entremos ya en el libro mismo; seamos ligeros y ceñidos. Según O. Spann, hay dos maneras esenciales de concebir los fenómenos sociales: la «individualista o atomista» y la «universalista o total» (1). Hasta aquí estamos de acuerdo. Pero la divergencia comienza—conté que rehusamos mentar «nuestra» divergencia—en cuanto O. Spann supone que esas dos maneras, aceptadas al comienzo como puro método, como pura vía de acceso, representan también, o sea, además que un método, la naturaleza misma de lo social. De modo que no se trata de

(1) Para la opinión primera, los individuos constituyen lo esencial; para la otra, lo primario es el todo social.

que lo social pueda ser mirado desde dos puntos de vista, sin prejuzgar con ello su naturaleza propia; no. Se trata de que quien mire lo social tiene que enjuiciarlo empleando las mismas perspectivas que ensayó para descubrirlo.

El autor del libro adopta el segundo partido. Es decir, piensa que el fenómeno social tiene una constitución universalista. Aquí necesitamos manejar la mayor cantidad posible de luz, con objeto de que nada quede incomprendido. Estamos en una de las muchas encrucijadas del libro. Atención.

Es inevitable puntualizar. Las etapas por las que O. Spann mueve su línea argumental son las siguientes: desarticula un organismo que tiene naturaleza unitaria, el organismo individuo-sociedad, y, una vez desarticulado, propone que la primitiva operación metódica no era un procedimiento de estudio, sino un experimento para revelar la esencia misma del organismo. La *Filosofía de la sociedad* procede como quien intenta descubrir la vida, para decirnos qué es, en la anatomía de un cadáver. Lo turbio de estos manejos se manifiesta cuando el autor escribe que se es individualista o universalista antes de investigar los hechos mismos (pág. 14).

Penetremos todavía más en la argumentación. El hecho de que la sociedad humana pueda mirarse individual o universalmente no exige que debamos decidirnos por juzgar su estructura tomando como antitéticos, sin más, esos términos. Tengamos en cuenta que el todo social, la sociedad humana, en una palabra, es imprescindible en cuanto existe la parte, o sea el individuo. La parte necesita del todo. Pero la parte no es «antes» ni «después» que el todo. Eso del «antes» y el «después» es un modo de hablar de O. Spann, que resulta, cuando menos, extravagante.

En suma: es imposible entrar en la discusión de qué es antes, si el individuo o la sociedad. Sería pueril. Para nosotros—nada hay de personal en este «nosotros»—, son coetáneos, congéneres. El hombre debe de-

finirse como un animal social, porque lo individual y lo social no se excluyen, sino que se integran. La evidencia de que así ocurre demuestra que el libro que nos ocupa tiene un fondo de artificio.

* * *

Cuando un individuo entra en sí mismo, es decir, cuando toma posesión de sí, haciéndose, con ello, capaz de elegir y cumplir, entonces se ha transformado en «persona». Ya es sujeto de una conducta social. Pero antes no puede comportarse socialmente. De ningún modo. Apoyándonos en estas premisas, debemos remontarnos ahora al recuerdo de Fichte, que escribe: «El hombre caerá en contradicción consigo mismo si vive aislado», o sea «individualmente», en la terminología de O. Spann (1). Toda «persona» constituye una confluencia de «individuo» y «sociedad»: el hecho se ha comprobado en la psiquiatría (Erich Stern) y en la biología (Uexküll). Basta con dos citas.

Tratar de entender la comunidad humana tomando al individuo desgajado del tronco social, no lo había intentado nadie todavía. Pues ninguna concepción individualista conocida es ajena, o antagónica, o ignora, la solidaridad de las personas en el bien y en el mal sociales. Por eso el valor de lo individual es supraindividual. Aquí radica el nervio de la ceguera de O. Spann. Conviene subrayarlo. Separado de lo individual, sin cumplirse y fundarse en ello, lo universal es una abstracción impotente. No hay duda posible.

Pero hay que insistir; Spann padece absoluta ceguera para los matices que vamos descubriendo. Ejemplo: «Determinarse a sí mismo exige ser anterior a la sociedad», escribe (páginas 16-17). Añade que por el concepto de soberanía popular, el individuo se «considera independiente del todo», afirmaciones verdaderamente chocantes y arbitra-

(1) J. T. Fichte, *El destino del sabio*; conferencia II. Aclaremos la cita: el fenómeno del «individuo» es inconcebible desde un punto de vista social.

rias. Parece mentira tal miopía de lo esencial.

Sigamos exponiendo los fundamentos del libro sin dejarnos arrebatar en el comentario. El principio constitutivo del individualismo, leemos, es la libertad. Cita como sistemas individualistas el anarquismo tipo Stirner y el maquiavelismo. Pero ¿dónde, en estos sistemas, aparece como tema central la libertad?... Pues Stirner desea algo más radical que la libertad personal; quiere que el individuo sea uno consigo mismo. En cuanto a Maquiavelo, trata al Estado como palenque de intrigas; dedujo de la historia de Roma, como es sabido, las leyes estatales. Esas citas envuelven una mera presunción.

Pasemos a otro aspecto. Cuando O. Spann escribe sobre el universalismo reconoce el hecho de la autonomía moral del individuo. La posee en cuanto ente social, no en tanto que individuo. «La vida social es principio creador de la vida individual», escribe en la página 20. Unas líneas más abajo decide que el individuo carece de autarquía espiritual desde el momento que encaja en el sistema social. ¿En qué quedamos?...—Es imposible entretenerse en urdir una respuesta. Nuestro autor concede que el individuo tiene una «*vita propia*» particular en el universalismo, y no concede esta vida personal, irreductible, al individualismo. Da a la justicia el carácter de principio matriz del individualismo. Invoca, sobre esto, a Aristóteles, desdenando, eso sí, que el filósofo griego reconozca la voluntad, cosa propia del individuo autárquico, como condición de la justicia (1). O. Spann tiene indudable habilidad manejando referencias: las convierte en espejos de su narcisismo intelectual.

En suma: se trata de un libro sectario, anticientífico además, porque en una ciencia de hechos—la sociología, claro—la simple

busca de la ley verdadera sería insensata (2). También nosotros sabemos citar autoridades. Volvamos al libro. Es anticientífico, porque actúa encardinado en una construcción cerrada: quiere hacer prosélitos. Su línea de combate transparece el perseguido blanco proselitista. No piensa las cosas como ellas son; las piensa circundándolas de una valoración escogida previamente. Hasta su arquitectura lo demuestra: está escrito de arriba a abajo. ¿Es científico que una ciencia de hechos pueda plantearse así?... Por eso su fondo radical rezuma misticismo. Digamos que el misticismo es el fin de toda filosofía, para los griegos y para nosotros. Séanos perdonada la pretensión.

Trata al Socialismo de soslayo. ¡Qué clara es su voluntad de desdenarlo! Lo desdena en cuanto metafísica y no se atreve con él en cuanto teoría económica de una *sociedad dada*; subrayamos esto porque en el lenguaje de O. Spann parece ser que el socialismo se hubiera sacado *esta* sociedad de la entraña. Pero el hecho del marxismo es tan imponente que filtra aquí y allá por muchas páginas. Alienta, donde filtra, con el rumor de un océano lejano. Revelemos ahora que al autor le duele—y qué profundamente!—el que Marx haya obtenido en Hegel el concepto dialéctico del devenir. Esto le perturba, le anonada. Bracea con ello cuanto puede. Porque el buen O. Spann es hegeliano hasta el tuétano. Escribe, por ejemplo, que «Marx abusa del procedimiento dialéctico»; añade lindezas por el estilo. Lo único que pretende no percibir es que la genialidad de Marx consiste en haber aplicado la dialéctica platónica-hegeliana a los hechos sociales.

Hagamos punto final; ya es tiempo. Dese cuenta el lector de que el comentario podría continuarse casi indefinidamente: en realidad, ocurre que la *Filosofía de la Sociedad* no es un libro; más bien parece una niebla... Basta con lo transcrito. Sólo queda apuntar la simpatía del autor por la teocracia, el

(1) Aristóteles, *Ética Nicómaco*; libro V.

(2) Hüsserl, *Investigaciones Lógicas*. Edición Española. Vol. primero, pág. 78.

corporativismo y el nacionalismo. Son los tres estilos «universalistas» de concebir la sociedad. Esa simpatía estaba prevista, naturalmente. Viene preparada por la ceguera del autor acerca de los fundamentos teóricos de su mismo libro. (Aunque no todo sea ceguera propiamente dicha, claro es. Media la voluntad de destacar esos tres estilos que son, sin duda alguna, tres estilos antisociales. Aquí es imposible demostrarlo; otra vez será.)

F. CARMONA NENCLARES

LIBROS DE ESPAÑA.—Librería Horizonte. Madrid, 1934. 8 pesetas.

Sin ser completa, no hay duda que esta colección bibliográfica es una de las más extensas que se han publicado hasta ahora. No es una bibliografía general, sino que, como el

título indica, se circunscribe principalmente a las obras que tratan de temas españoles. La primera parte recoge los libros escritos sobre «Pueblos, ciudades y provincias de España». La segunda, sobre «Regiones españolas». La tercera está dividida en las siguientes secciones: Anuarios; Geografía; Historia; Temas hispanoamericanos; Temas hispanoafricanos; Arte; Idioma; Literatura; Cervantina; Música; Viajes; Guías; Ensayos; Cuestiones políticas, sociales y económicas recientes; Derecho y legislación; Bibliografía; Varios; Revistas.

La colección incluye numerosas obras extranjeras, en distintos idiomas, sobre España. Es un catálogo útil no sólo para los bibliófilos, sino para cuantos quieren estudiar lo más granado de la producción nacional y extranjera sobre los temas mencionados. La compilación está hecha con conocimiento e inteligencia.

Nuevas revistas españolas

Hemos recibido:

Letra. Periódico de literatura. Semanal. Director: Manuel Villegas-López. Precio: 30 céntimos. Madrid.

P. A. N. Revista epistolar y de ensayos. Mensual. Director: J. O. Espasandín. Precio: 70 céntimos. Madrid.

Atalaya. Revista mensual. Editores: Alfonso y Francisco Rodríguez Aldave. Precio: Dos pesetas. Aparece en Lesaca, en el Bidasoa, Navarra.

La República de les Lletres. Quaderns de

literatura, art i política. Trimestral. Precio: Dos pesetas. Valencia.

Nueva Cultura. Información, crítica y orientación intelectual. Mensual. Precio: 40 céntimos. Valencia.

Perspectivas. Revista mensual de arte y literatura. Precio: 50 céntimos. Las Palmas.

Tierra Firme. Revista trimestral. Director: Enrique Díez-Canedo. Precio: 4 pesetas. Madrid.

Bien venidas todas. Y buen éxito.